Vi luz... y entré

Andrés Aberasturi

Índice

Dedicatoria
Otros apuntes (A modo de prólogo), por José Luis Garci
Vi luz… y entré
Epílogo, por José Ramón Pardo
Créditos

A tantos que no cabrían en un libro
pero que habitan mi corazón.
A mis nietos y a mis sobrinos nietos
que tienen la vida y la luz por delante.
A Maribel por lo que ha perdido
mientras yo escribía este diario.
A Lupe.
A Andrés.
Y eternamente a mi Cris.

OTROS APUNTES
(A modo de prólogo)

19 de octubre 2021

Recibo *Vi luz… y entré*. Me lo ha traído el propio Andrés a casa en una de sus pocas incursiones a Madrid. Pero yo no estaba. Esa tarde había acudido al Wanda Metropolitano a ver el Atleti-Liverpool.

20 de octubre 2021

Hojeo el libro y descubro que es un Diario. Arranca en diciembre de 2019 y termina en julio de 2021. «*Pandemia Time*». Me fijo que se trata de anotaciones breves. «Nada. Sólo un vacío», escribe Andrés de inicio, el 22, día de la Lotería, la puerta de las vacaciones de Navidad para la chavalería anterior a la tele. Después de las «fiestas tan señaladas», me entero que una gata okupa se instala en el sofá de mi amigo y que, curiosamente, la gata le acepta.

1 noviembre 2021

Llevo leído casi la mitad del Diario y, sorpresa, he descubierto que no es un Diario, tampoco unas Memorias. Yo creo que se trata —aunque suene tan solemne— de un registro del alma del señor Aberasturi. Es decir, que Descartes tenía razón cuando hablaba de la existencia de un alma pensante. Alma, si no recuerdo mal, significa algo así como ánimo. El alma es un misterio tan grande como el universo, como el mismo universo, como cada uno de nosotros. Me encanta leer al pensativo –y dubitativo– Andrés. Me identifico con sus renglones casi a un noventa por ciento. Por ejemplo, con lo que dice del «polvo enamorado» de Quevedo: claro que es una hermosa metáfora, pero incierta.

3 noviembre 2021

Nos asegura Andrés que él es un anciano oficial que piensa. Entonces, ¿yo?, que soy un modelo del 44. Me detengo en eso de que la memoria no es de fiar —y que, además, añado yo, tiene muy mala leche—, porque, mira por dónde, lo he escrito en mi último libro (*Lo que el viento se llevó. Un recuerdo, un comentario*) unos meses atrás. Machado, don Antonio, nos advierte que la memoria suele inventar… para desorientarnos. Lo que estamos descubriendo, querido Andrés, a estas alturas de la película (últimas bobinas), es que nuestra infancia ha sido *conquistada* por los recuerdos, auténticos y falsos, y que todo ha terminado por convertirse en nostalgia *jubilosa*. Te pregunto: ¿cómo se borran o se olvidan los recuerdos?, ¿y cómo se inventan?

19 noviembre 2021

Fin. He llegado a la última página. Esta tarde me voy a Plasencia. Por

cierto, tu libro, Andrés, es magnífico. De verdad. Mentir a nuestras edades, más que un pecado, es un delito. Tras leer tu dietario, y no deja de ser sorprendente e inesperado, tengo más ganas que nunca de oír música y de ver cuadros. Voy a ir al Prado la próxima semana. Llevo sin ir cerca de un año, algo que nunca me había ocurrido. También quiero decirte que tus párrafos son sencillos y delicados, y tus pensamientos valientes y sinceros. Te he sentido muy cerca, *presencial*, que se dice ahora. A ti y a tu entorno. Tus palabras huelen a monte, a naturaleza, a jaras, a tomillo, a leña, y, claro, nada a ciudad, a tubo de escape de Audis y Citroëns. En fin, tus renglones tienen luz, la luz en blanco y negro de *Ordet*, aquella luz cautiva que veíamos de chicos en las iglesias y los institutos, ¿te acuerdas?, las aulas tenían asientos de madera crujiente. Ah, y esto es insólito, en tu obra no hay «paja», esa hojarasca que tanto abunda en nuestra literatura actual. Al contrario, tú has dado con una atmósfera, un «clima» de recogimiento admirable. Es cierto, «ves luz… y entras». Nuestra infancia fue muy parecida, tranvías, autobuses de dos pisos, bulevares, cines de barrio, descampados (algunos, con cuevas donde malvivían muchos perdedores), billares y futbolines, guateques con enamoramientos súbitos, Celtas y Bisontes, libros forrados… La verdad es que me he quedado un poco triste al terminar tu formidable libro, como cuando veo el final de *Casablanca*. Y algo conmovido. Ojalá lo lean muchos colegas. No sé si sabes que eres un poeta nada anónimo. Abrazos de los de entonces. Nos hablamos el lunes en *De Pe a Pa*.

JOSÉ LUIS GARCI

VI LUZ… Y ENTRÉ

Desconocía quién habitaba aquella casa que surgió en medio del paisaje.

Desconocía aquel paisaje rodeado de noche.

Desconocía aquella noche nueva tan oscura.

Necesitaba descansar porque la vida empezaba ya a no ser tan liviana.

Caminé hacia la casa lentamente.

La oscuridad desdibujaba los perfiles.

Yo quería descansar, sólo necesitaba descansar un momento porque la vida empezaba ya a no ser tan liviana.

Así que caminé lentamente a través de la noche hacia la casa.

Tan sólo quería descansar.

Vi luz… y entré.

Sábado, 21 de diciembre de 2019

Intento primero poner en orden mis ideas, establecer de alguna forma un pensamiento que pueda traducirse en palabras. Pero sigo sumergido en la nada. No es la primera vez que vivo esta situación de vacío, pero antes me provocaba un sentimiento de rabia o de tristeza o de miedo. Ya no.

No tengo nada que decir, no hay orden posible porque no tengo nada que ordenar. Sólo son inocentes relámpagos lejanos que se apagan sin ruido y me resultan del todo indiferentes. O no, tal vez esa sea la disculpa, pero no es la palabra; no es indiferencia, sino sólo una instantánea inaprensible de incapacidad.

Una luz.

Un instante.

Y después nada.

¿Por qué esta necesidad de escribir si yo mismo me reconozco incapaz de tapiar mis cuevas con palabras?

(Sigue el viento terrible llenando de cuchillos los rincones).

Domingo, 22 de diciembre de 2019

Nada.

Sólo un vacío, una línea imperfectamente horizontal y nada.

Sólo el viento que se busca a sí mismo y lo llena todo.

Sólo el recuerdo de mis muertos, de mis muertos queridos.

Y nada más.

Eso es todo, un vacío horizontal que tiembla en mi cabeza sin estrépito, que recorre sin prisa mi cerebro en busca de la palabra exacta, pero sólo encuentra nada.

Nada.

Sólo el viento.

Tan sólo el viento y esta carencia angustiosa de palabras, este abandono del lenguaje.

Nada.

Jueves, 26 de diciembre de 2019

La gata okupa ha parido tres cachorros en algún rincón del jardín. A los pocos días los ha subido de uno en uno y los ha instalado en el sofá donde mi vejez duerme la siesta. Allí se han hecho fuertes y buscan afanosamente la leche de la madre. La gata okupa me mira con ojos de duda cuando me acerco. Acaricio suavemente su cabeza con respeto. Me acepta.

Sábado, 28 de diciembre de 2019

Vengo envuelto de muerte y desconsuelo.

He llegado a esta vejez incierta de estadística

desde un tiempo que abomino.

Es el pasado,

es el pasado el que ahora pide cuentas

y revisa cada palabra escrita,

cada decisión, cada verso,

cada caricia helada que es escarcha de tiempo,

todos y cada uno de los adioses muertos,

los silencios que llené sin decir nada,

lo amores que tuve y me tuvieron,

cada lágrima que no llegué a llorar.

Todo.

Y no tengo papeles ni recibos ni facturas que demuestren no ya mi inocencia, pero sí al menos la buena voluntad que puse en cada acto.

Martes, 31 de diciembre de 2019

A estas alturas ya no estoy en contra radical de casi nada, de forma que esta noche me voy a sumar a todas las liturgias necesarias. Y lo haré de buen grado aunque cada día el mundo —o la vida— me parezcan más incomprensibles, más sencillamente sinsentido.

Me agarro a la necesidad del viejo principio de «vivir como si…» porque de otra forma terminaría tambaleándome en la frontera de la «inquietante levedad *de* ser», de la frágil estructura que sostiene la esperanza, esa tela de araña que sólo son los otros tan perdidos como yo mismo.

Al final, para bien y para mal, siempre el hombre está solo, solo frente a su futuro compartido, solo frente a su final pero, sobre todo, tremendamente solo frente a sí mismo y su pasado ya inevitable. Solo también frente a la muerte.

Mañana amanecerá y todos los universos seguirán rígidamente las leyes del caos que nos maneja a su antojo, todos los universos ajenos e indiferentes a esta fecha que celebramos —pobres gentes— con vinos y con besos.

Sábado, 4 de enero de 2020

Hoy me siento cercado por un millón de batallas que me afectan y no sé cuál es mi papel en todas estas guerras en las que no quiero participar, pero en las que me veo involucrado. Y es inútil buscar por los senderos de la paz el rincón donde se acabe con tanto desatino.

A veces pienso que el tiempo de los hombres ha llegado a su fin y que seremos pasto de las bestias, y que las bestias también terminarán devorándose las unas a las otras y su tiempo acabará como el nuestro ha acabado. Entonces será el tiempo de la nada, del vacío absoluto, del silencio.

Sólo quedarán las ruinas de una civilización que pudo ser hermosa y no lo fue y las cuevas vacías de las bestias que nos reemplazaron. Entonces se hará el silencio y no será un silencio pegajoso, sino limpio y vacío. Ríos de escarcha y sangre se abrirán sobre una tierra que quizás algún día vuelva a renacer distinta y nueva. Pero ya no habrá paraísos habitables y, si los hubiera, estarían vetados, prohibidos para los hombres y para las bestias. Paraísos vacíos donde sólo la vida pequeñita incapaz de hacer daño, incapaz de engendrar el mal, podría crecer bajo una estrecha franja azul y luminosa.

Me rodea hoy el desaliento de la maltad hecha mundo y sólo espero tranquilo en un rincón la hora final de todos los hombres y de todas las bestias.

Lunes, 6 de enero de 2020

Será después,

después del viento y del horror,

después de todos los naufragios,

cuando ya no haya colores ni luz sobre esta tierra infame;

será después.

Será después de que el espanto haya ganado todas las batallas

y el trueno sea la única música que suene por el mundo

y los ángeles buenos hayan huido avergonzados de eternidad y miedo.

Será después.

Será después de todo esto y más.

Viernes, 10 de enero de 2020

Tal día como hoy, hace cuarenta años, nacía mi hijo Cris y nevaba en Madrid. No hablaré de él porque todo está dicho, todo está escrito. Lo único imposible es expresar esta enormidad de ternura, ira, inocencia y silencio.

Te amo sobre todas las cosas, Cris. Te amo tanto… Te amo y me postro humilde ante tus ojos sin culpa que venero, lo único inocente y limpio que me va quedando.

Lunes, 13 de enero de 2020

Hay que deshacer la casa, vaciarla primero y después tirar paredes, abrir nuevas venas en los viejos muros, tapar entradas, cerrar puertas, reordenar el espacio. No estoy intentando una metáfora: hay que deshacer la casa en el sentido estricto para después rehacerla, pero antes hay que vaciarla, elegir entre un millón de cosas lo que sirve y lo que no, lo que quieres conservar y lo que alguien se llevará quién sabe a dónde.

He decidido no mirar nada, no detenerme en cada objeto porque cada cosa tiene su porqué. Que se lo lleven todo. Se les paga lo acordado a cambio de que todo el pasado se lo lleven al crematorio falso del olvido o lo vendan, si pueden, al mejor postor. Cada vez necesito menos cosas para vivir y eso es algo que me gusta, algo que se va aprendiendo con los años.

Recuerdo unos versos que escribí de adolescente:

> *A mí que me den sólo un trozo de pan,*
> *los buenos días*
> *y un pedazo de azul para morirme un poco*.

Cuando entonces, estos tres versos no eran más que una pose, imagino. Cuando entonces, supongo que todavía soñaba con reparar el mundo aunque fuera un poquito, con cambiar la vida, con llegar a ser un día… no sé, lo que fuera. Qué sencillo es escribir la palabra «muerte» cuando aún tienes toda la vida por delante.

Mañana van a vaciar la casa unos extraños, van a llevarse buena parte de nuestra historia, buena parte de mi intimidad. Y no siento nada. Incluso voy a pagarles para que me liberen de tanto pasado inútil ya, voy a pagarles para que metan en un camión mi segunda media vida y voy a despedirles con una indiferencia que me llena de paz.

> *A mí que me den sólo un trozo de pan,*
> *los buenos días*
> *y un pedazo de azul para morirme un poco*.

Versos y versos, renglones, apuntes, cuadernos, premios, sillones, esquinas y rincones, cuadros, libros, mesitas donde reposar los pies, sillas solemnes, cajitas misteriosas, armarios que servían de escondite, espejos que me acusaban y me perdonaban, dos guitarras melladas, muchos silencios, demasiadas palabras. Aquí estaba la mesa sobre la que escribía; allí, donde está ese cerco blanco, había un cuadro.

Renuncio a todo por nada. Hoy voy más allá que Blas de Otero cuando clamaba: «Yo doy todos mis versos por sólo un hombre en paz».

Martes, 21 de enero de 2020

Se precipitan los acontecimientos y he perdido las ganas de escribir, la necesidad de escribir. Esto no conduce a nada, carece de sentido. No, no estoy triste o no estoy especialmente triste, o no más triste que otras veces pero me siento rodeado por tantas cosas que pasan, rodeado, acosado, acusado.

Hace demasiado viento y el viento hace demasiado ruido y el ruido del viento me da miedo. Y llueve de hostigo contra las ventanas y el frío entra por todas las esquinas. Hace gris, en todos sitios hace gris. También dentro de mí y creo que empiezo a sentir una cierta piedad por este cuerpo mío, piedad por lo que siento, por mi cansancio, piedad por esta indiferencia con la que voy arropando las horas y los días.

(La conciencia también).

Lunes, 17 de febrero de 2020

Llevo varios días sin escribir y sólo se me ocurre dar fe de que lo esencial, por absurdo que parezca, nunca cambia. Cuando escribía a máquina —se ha repetido hasta la saciedad— existía ese vértigo mezclado tantas veces de impotencia frente al folio en blanco, el mismo vértigo que ahora siento frente a la pantalla, también blanca, del ordenador.

¿Vértigo, impotencia, miedo? Qué más da el nombre.

Pero cuando entonces yo enrollaba el folio en la máquina, colocaba los márgenes, encendía un pitillo y me quedaba mirando *enmismado* aquel papel que apenas asomaba frente a las letras dispuestas en abanico, ofrecidas, parapetadas tras las teclas y la cinta entintada. Silenciosas. Tentadoras. Expectantes. Pero yo no tenía nada que decir, nada que escribir. El folio seguía en blanco. Y entonces me iba a la cocina y me preparaba un café y lo llevaba junto a la Lexicon 80 y encendía un cigarrillo negro y dejaba que el tiempo pasara sobre ese miedo, sobre esa impotencia. Pero el folio seguía en blanco. Y el café sobre la mesa. Y el pitillo consumiéndose en la espera. Y no pasaba nada.

De pronto, en algún momento sacaba el papel sin estrenar, lo arrancaba de la máquina y lo arrugaba con desprecio y rabia y lo tiraba al suelo. Aquel folio ya no servía, estaba sucio aunque estaba en blanco, estaba lleno de impotencia; no, ya no servía, era un papel en blanco pero usado por nadie, gastado, inútil.

Ponía un folio nuevo, lo enrollaba en la máquina, colocaba los márgenes y aplastaba el pitillo en el cenicero. Nada cambiaba. En todo caso, la estúpida ceremonia del folio virgen y a la vez usado; pero ya no quedaba café en la taza y resultaba patético volver a culpar al papel de mis vacíos.

Frente a la pantalla del ordenador se repite la historia, pero a estas alturas ya no hay folios a los que echar la culpa y sobre los que descargar la ira, ya no hay ira; sólo se trata de reconocer serenamente la impotencia, hacer *clic* con el ratón y dejar que todo se vaya a negro en un instante.

Lunes, 2 de marzo de 2020

La gata okupa no sabe maullar; nunca ha sabido. Sólo emite como un sonido neutro que no es triste ni angustioso. Es muy posible que la gata okupa no sepa ni siquiera que es una gata; tan sólo vive, tan sólo atiende a *estar* y no conoce —feliz ella— la angustiosa sutiliza de *ser*. Es tímida, respetuosa y callada. Deja paciente que otra gata revoltosa juegue con ella y se sienta frente a la cristalera cerrada esperando a que alguien abra la enorme puerta y, aun así, espera unos segundos para salir al jardín muy lentamente después de escrutar, precavida, el exterior.

La gata okupa ni sabe que no sabe maullar.

Viernes, 6 de marzo de 2020

Me han dado un pequeño premio y L., por sorpresa y creo que por primera vez en su vida, ha subido al escenario para entregármelo y hasta ha dicho unas palabras breves, tan breves y tan ciertas que han hecho llorar un poco a A. y que de alguna forma me han descolocado.

Esto no es más que una disculpa, una anécdota mínima que he ido elevando a categoría estos días. El pequeño premio da igual, L., no.

He escrito sobre ella muchas veces, pero seguramente nunca he sabido o he podido verbalizar ese aluvión de sentimientos —en ocasiones contradictorios— por los que hemos caminado juntos desde hace más de cuarenta años. Y vuelvo a caer en el error: esto mismo que ahora escribo, esa falta de verbalizar mis sentimientos, también lo he descrito muchas veces, pero siempre —igual que está pasando ahora— se quedan en un mero grafismo.

El amor co-sentido durante tanto tiempo es al final un ejercicio sencillamente complejo o todo lo contrario: una compleja sencillez. Quizás las dos cosas a la vez, no lo sé; en realidad no creo que nadie lo sepa o al menos que nadie pueda explicarlo tan sólo con palabras ni desde la razón, ni desde la química, ni siquiera desde la sentimentalidad. Ocurre, eso es todo.

L. dijo cosas hermosas de sus hijos y de mí. Dijo que en los momentos buenos y en los malos, siempre habíamos estado allí. Y ahora, cuarenta años después, cuando el tiempo ha laminado tanto sentimiento y la cotidianeidad no se cotiza en ningún mercado, repaso nuestra vida juntos y tal vez siento que tengo que pedir perdón y perdonar, olvidar y recordar sin reproches, redescubrir pasajes del pasado y preparar el tiempo que nos va consumiendo a demasiada velocidad.

Patxi Andión, al que tanto queríamos, escribió un par de versos ciertos:

> *Viejo amor, aún somos dos alas en vuelo;*
> *mi viejo amor, aún eres la mujer que quiero.*

Martes, 10 de marzo de 2020

Esta necesidad incierta de lo cierto.

Este orden que va desordenando mi vida y mi conciencia.

Las mil preguntas que tienen mil respuestas.

La incongruencia del dolor, del sufrimiento.

El desamparo con el que vamos caminando.

La pátina de desprecio con la que hemos cubierto cosas tan esenciales como la misericordia, la compasión.

La búsqueda de la paz, siempre la paz y la armonía.

Esta absurda guerra que no es mi guerra pero de la que me siento responsable, protagonista, víctima.

El intento inútil de llegar a lo esencial, a la palabra definitiva.

La belleza indecisa del caos.

La belleza siempre.

Miércoles, 11 de marzo de 2020

Creo que necesito orar aunque no sé muy bien en qué consiste eso exactamente ni a quién podría elevar hoy mis plegarias, mis gritos, mis quejas y mis gracias. Pero sé que necesito orar.

Me tumbaré sobre la tierra húmeda.

Me tumbaré sobre la tierra húmeda con los brazos abiertos.

Me tumbaré sobre la tierra húmeda con los brazos abiertos y desnudo.

Me tumbaré sobre la tierra húmeda con los brazos abiertos y desnudo para orar y escuchar cómo habla la yerba susurrante.

Para asistir con respeto al digno envejecer del siempre olivo.

Aunque el enorme cielo me abrume, necesito orar.

Necesito orar no sé a quién ni por qué, pero sí sé que necesito urgentemente orar, retener la paz que se me escapa.

Sobre la tierra húmeda con los brazos de par en par abiertos, desnudo, esperando una revelación que nunca va a llegar.

Esperando la gran armonía.

Necesito orar, lo necesito.

Lunes, 16 de marzo de 2020

La vida se ha parado de repente. Un minúsculo virus ha frenado en seco el ir y venir de un mundo estúpidamente confiado. Sólo se trata de una cosita microscópica pero la gente enferma, muere, los mercados se aterran y se cierran a cal y canto las fronteras. La solidaridad tantas veces pregonada se pone bajo mínimos y la autoridad confisca nuestros cuerpos y nuestros sentimientos en arresto domiciliario bajo la estricta mirada del gran ojo.

Llevamos tan solo tres días de confinamiento y ya me siento extraño en mi propia casa. La soledad, tantas veces añorada, empieza a removerse inquieta en los rincones, se deja ver reptando en las alfombras, ocupa un lugar en el sofá y lo hace ajeno. No muerde; sólo empieza a sentirse su presencia silenciosa mientras la palabra «cuarentena» retumba con un agrio olor de siglos viejos.

Viernes, 20 de marzo de 2020

Soy un elegido.

Tengo mil metros cuadrados de naturaleza tan sólo para mí en este escenario de pánico y soledad que es la pandemia.

El peral ha empezado a florecer ajeno a la tragedia del mundo, lejano de la ciudad desierta y confinada.

La gata okupa caza palomas y me las muestra orgullosa y sangrantes entre sus dientes de felino. Que la naturaleza fluya por encima de los sentimientos.

Las imágenes que me llegan de las grandes ciudades son desoladoras, contradictorias, machaconamente persistentes.

La morera pendular sigue escrupulosamente desnuda, como una radiografía de sí misma, pero le están naciendo pequeños brotes verdes, anuncios de esperanza.

Madrid ha dejado de ser un bullicio hecho de asfalto y risas. Dámaso Alonso escribió hace años en una noche de insomnio:

> *Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). / A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace cuarenta y cinco años que me pudro, / y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna. / Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla. / Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se / pudre lentamente mi alma, por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, / por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo. / Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre? ¿Temes que / se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?*

Tenía razón el poeta, pero las estadísticas y los sonidos han cambiado. Madrid es hoy una ciudad con más de seis millones de posibles cadáveres recluidos en sus casas por el miedo. La mujer que se arrastraba por la acera con la alcuza en la mano apenas sale ya a las calles desiertas y usa mascarilla para protegerse del pánico que se hace irrespirable. Gimen las sirenas de las ambulancias, de la policía, de la guerra incomprensible y total contra un virus que mata sobre todo a los más viejos.

Lo que permanece inalterable es el silencio de Dios, aunque ni sus grandes rosales del día se secan ni las tristes azucenas letales de sus noches.

En mi jardín todo florece mientras decenas de ancianos mueren en hogares adjudicados por la autoridad al mejor postor.

Jueves, 26 de marzo de 2020

El silencio de Dios. El tremendo y obstinado silencio de Dios y que cada cual entienda como quiera esa palabra, ese concepto, esa idea. Dios. Incognoscible —si es que existe— por su propia condición divina.

He reflexionado mucho sobre este vacío y sobre la necesidad que sentimos de crear y creer en algo trascendente. Seguramente primero fue el asombro, luego el miedo y después las liturgias, y al final las religiones; todo nació del miedo de los hombres, del intento por encontrar —de la necesidad— una explicación o al menos una justificación a la objetividad de los hechos que se escapaban de la lógica. Necesitamos un protector lo mismo que necesitamos un culpable y/o un responsable; esa es nuestra contradicción, esa orfandad de alguien o algo sobre el que depositar la responsabilidad del mal y del bien, de lo justo y de lo injusto para así sentirnos libres y a la vez esclavos, pero falsamente inocentes sobre todo frente al dolor y la desgracia; necesitamos crear una esperanza que equilibre la muy injusta balanza que es la vida.

Científicos, matemáticos y políticos se empeñan en explicar con curvas estadísticas y órdenes ministeriales las razones de mil muertos diarios sólo en este país que un día fue alegre y confiado. Pero la gente muere en soledad y silencio, han prohibido hasta el luto y sólo se admiten dos familiares por cadáver. Eso no me preocupa demasiado, pero entiendo la desazón de mi entorno que siempre ha hecho de los restos de los que fueron —no de su recuerdo— materia sagrada y dolorida. Nunca entendí ni sentí ese respeto por unos huesos rodeados de podredumbre. Recuerdo a mis muertos mientras vivían, mientras estaban y eran, pero no me interesan nada los restos que están pero ya no son. «*Serán ceniza, mas tendrá sentido; / polvo serán, mas polvo enamorado*». Lo siento, la metáfora es hermosa pero incierta.

Sábado, 28 de marzo de 2020

Vuelvo al jueves y al silencio de Dios frente a esta tragedia. Ninguna religión tiene respuesta, ningún dios personal tiene nada que decir. Por eso callan.

La casa está en silencio.

La calle está en silencio.

El barrio, la ciudad guardan silencio.

Abrazos abortados esperan en silencio guardando la distancia.

Los besos se han prohibido por decreto.

Los niños han llenado de silencio un cielo sin campanas.

Mis manos se mueven silenciosas.

Mis ojos miran el silencio.

Mi cama está en silencio.

Mi corazón late a setenta silencios por minuto.

Todo yo soy silencio.

Todo es silencio.

Un silencio triste y solidario que —en silencio— gime y llora con todos.

Martes, 31 de marzo de 2020

Mañana empieza abril y está nevando. El mundo entero tiembla porque una nueva peste atraviesa la civilización de parte a parte. Se ponen mascarillas, pasean al Santísimo bendiciendo las calles del pecado y hasta marcan las puertas cerradas de sus casas con signos misteriosos de sangres inocentes.

Da igual.

La peste avanza ciega y sin respeto. Sólo el que sea niño parece estar a salvo por ahora de esta descomunal tragedia donde la especie humana es la protagonista. Sólo los niños parecen protegidos por un dios indeseable y vengativo:

> «Y decían a los montes y a las piedras: caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de Su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (*Apocalipsis 6, 16-17*).

Sólo a los niños parece protegerles su inocencia.

Y ni eso.

Martes, 7 de abril de 2020

No quiero escribir más sobre esta peste, sobre el confinamiento; mucho menos sobre los miles de muertos que ni vemos.

Los muertos se lloran, no se exhiben. Los muertos —tantos muertos en soledad— no pueden formar parte del espectáculo.

Viernes, 10 de abril de 2020

Llueve con vocación de urgencia sobre la morera pendular, el manzano de Cris, sobre el membrillo que ya asoma con flores blancas y rosadas.

Llueve con prisa también sobre mis años, sobre este cuerpo que se va agrietando y que ya sólo busca descanso y paz, sobre todo paz.

Llueve sobre el ciprés que está al lado del pozo, vigilante, verticalmente imperturbable.

Llueve y llueve y las gotas grandes como frutas transparentes se estrellan contra las ventanas y espían mi deambular sin rumbo por la casa tras los cristales.

Tal vez también está lloviendo dentro, sobre los libros, sobre las sillas, en la alcoba y la cocina. Sí, llueve y llueve dentro de la casa, llueve sobre mi intimidad, la casa es toda lluvia. Llueven mis ojos y mis manos llueven.

La lluvia lo está desdibujando todo. Incluso llueve con especial intensidad sobre los cuadernos de anillas que guardan —caóticos— retazos inconclusos de mi propia juventud, aquella que ignoraba «que la vida va en serio».

Llueve y llueve y yo siento unas ganas tranquilas de llorar.

Domingo, 12 de abril de 2020

Ayer me llamaron de una televisión para que opinara sobre cómo iba a cambiar el mundo después de la pandemia. Decliné la invitación amparándome en los años, en el confinamiento y en mi ignorancia senil sobre las nuevas tecnologías. No tengo el menor interés en ir a ningún sitio público salvo a las pocas cosas que entran de lleno en lo que yo denomino, frivolizando a Kant, mi «imperativo moral».

Pero la invitación —nada original por cierto— me ha llevado a reflexionar sin público sobre esta cuestión de la que todo el mundo escribe. Y lo cierto es que, para variar, mis conjeturas no resultan demasiado optimistas. Pero hoy no es día para reflexionar sobre estas cosas. O sí. Da igual, no tengo ganas de escribir.

Martes, 14 de abril de 2020

Cuando L. se ríe, su risa llena toda esta estancia rara que es a la vez cocina, comedor, cuarto de estar y ser, extraño camarote abierto por todas partes a la luz de cada día. Es el lar, el sitio de la lumbre, el lugar que ha elegido como suyo.

Cuando L. se ríe lo hace desde dentro y los ojos se le achinan un poquito. Cuando todo lo contrario, entra la nube gris y casi se apaga el mundo.

Hoy cumple años y la pienso con admiración y ternura en la distancia que el tiempo ha ido llenando de gestos cotidianos, de liturgias compartidas, de tonos y matices y silencios y palabras apenas murmuradas. No somos perfectos y nos reconocemos en lo bueno y en lo malo; yo he renunciado a cosas y ella pasa casi de puntillas sobre las cosas a las que ella ha renunciado.

No, no hemos sido ni somos perfectos ni ejemplares, pero la vida nos dio hace muchos años un golpe tan seco, tan duro, que a estas alturas aún seguimos aprendiendo cómo convertirlo en una sonrisa que no duela demasiado.

Ya hemos sido de todo: nietos, hijos, padres, abuelos… Sólo queda esperar que amanezcan nuevos días.

La quiero y me quiere y no hay explicación para este milagro.

Miércoles, 15 de abril de 2020

A. nos ha puesto deberes: leer un artículo sobre el futuro de este mundo que se nos echa encima y del que él desconfía. A. está —debe estar— en eso que llaman la crisis de los cuarenta y tiene un discurso radical, tecnológico y más bien pesimista que comparto de alguna manera, sobre el futuro.

Es lo que querían los del programa de la tele, saber cómo veía yo un futuro que ya es presente por culpa de la plaga. Pero, como León Felipe, «yo no sé muchas cosas, es verdad, digo tan sólo lo que he visto y he visto…»: que el hombre es un animal contradictorio, casi imposible de explicar, que se mueve por impulsos y que es capaz de poner en peligro su vida para salvar a un gato y, una hora después, asesinar a su mejor amigo.

Hoy cantamos a los héroes sin medalla que en medio de esta plaga se exponen al contagio y a la muerte, y recuerdo las hondas palabras del *Talmud*: «Quien salva una vida, salva al universo entero. Todas las vidas, incluida la de una vaca, contienen el universo». Y es hermoso este pensamiento pero hoy vivimos confinados por el miedo mientras la devastación galopa sin fronteras ni tratados.

Y el hombre vuelve envuelto en patrióticas palabras a ser un lobo para el hombre, a salvarse a sí mismo por encima de todas las cosas y a predicar que el mundo, el sistema, debe cambiar, tiene que cambiar, que habrá un antes y un después de esta plaga, de estos muertos. No lo creo. Como decía Borges hablando de Buenos Aires, «no nos une el amor sino el espanto».

Cuando acabó la Primera Guerra Mundial llegaron los felices años veinte porque parecía imposible que otra tragedia igual pudiera producirse nunca más, y apenas pasaron unos años y otra vez el terror y la barbarie lo invadió todo. El hombre no aprende nada ni de su propia exterminación.

Hoy la plaga ocupa con sus centenares de miles de muertes la primera página en todos los medios del mundo. ¿Pero qué pasaba hasta ahora con los niñitos cadáveres de la hambruna, de la enfermedad, de las guerras ajenas, de las sequías, en las minas, en los mares? ¿Acaso no han muerto —y la cuenta no se detiene— cientos de miles, millones, sin que nadie hiciera otra cosa más que recordar cada año la «urgente» necesidad de acabar con ese drama? El hombre es egoísta, el hombre como especie, como rebaño, como sociedad. Tal vez haya héroes generosos y solidarios, seguro que los hay; pero son muy pocos para

tantas inocencias asesinadas.

Sábado, 18 de abril de 2020

Quisiera escribir sobre la lenta descomposición de la belleza.

Quisiera ordenar las palabras de tal forma que expresaran simplemente, sin ningún dramatismo, no la desesperación ni la tragedia; tan sólo un cierto desencanto, esa decepción con la que uno va conviviendo más de cerca según pasan los años.

Somos el fruto amargo de unos ojos sin lágrimas.

Todo resulta cada vez más fugaz, más perecedero y, cada vez más, siento una fatal atracción por lo efímero.

No sé cómo decirlo; ni tan siquiera sé qué quiero decir exactamente.

Incluso ni recuerdo hoy ya claramente lo que nunca llegué a escribir después de unos puntos suspensivos.

Sólo quedan cenizas en la almohada.

Lunes, 20 de abril de 2020

¿Y si un día me quedo sin voz?

¿Y si hasta mis manos fueran incapaces

de garabatear sobre un papel un pensamiento?

¿Qué sería de mí?

Me aterra sobre todo que en ese estado de triste incapacidad

apareciera de pronto la Palabra, no una palabra:

la Palabra,

ese verso final que llevo persiguiendo toda la vida,

el Verso deseado, salvador,

el que todo lo explica,

la síntesis de tantos años de espera,

lo total, la clave del misterio,

la revelación definitiva,

la última razón que explique de una vez esta aventura rara que es vivir:

La Gran Respuesta.

Miércoles, 22 de abril de 2020

No estoy seguro de por qué escribo todo esto a bocanadas. Me invita la vanidad a creer que no es más que un testamento deshorado, tal vez simulado; pero no es verdad. Todas estas reflexiones inconexas e inútiles puede que no sean más que un festival de frivolidad pseudointelectual, una estúpida pretensión de dejar testimonio de un pensamiento débil sujeto por alfileres, contradictorio muchas veces —y esto sería lo que menos me preocupa—, inconsistente como creo que soy yo mismo. No sé si hay «pose» en todo esto, si sólo estoy interpretando el papel que me ha escogido porque uno no escoge su papel, que esto quede claro: es el papel el que le escoge a uno y lo trae y lo lleva por el viejo tinglado de la farsa cambiándole el guion sin previo aviso.

No lo sé, realmente no lo sé y tampoco me importa. En todo caso, al final uno es tan sólo su personaje.

Sábado, 2 de mayo de 2020

Releo lo que escribí y me parece ahora una exageración efectivamente pretenciosa. No, no se trata de eso, la cosa es más sencilla, infinitamente más sencilla: ni trascendencia ni pose.

A ver; todo esto no son más que los pensamientos de un hombre anciano —no necesariamente viejo— que ha superado lo que Gil de Biedma resumía en un par de versos definitivos a los que creo que ya he hecho alguna referencia: «*Que la vida iba en serio / uno lo empieza a comprender más tarde*». Pues bien, ya doblé esa esquina del «más tarde», ya he llegado —o ya ha llegado— ese desnudo momento en el que sólo quedan dos salidas: el pensamiento o la trivialidad, reflexionar hasta enfangarse sobre esta tarea que ha sido y sigue siendo vivir o pasar de puntillas, andar sobre las aguas y seguir sin preguntarse tantas cosas incógnitas. Ninguna de las dos posibilidades es mejor que la otra, ninguna es superior y, en todo caso, las dos me parecen válidas y justas. Supongo que el camino a tomar no depende de uno, ni siquiera se elige; creo que se lleva inscrito fatalmente y no hay opción. La libertad es un viejo mito sobre el que se discute desde que un hombre, en lugar de dejarse llevar por el temor sin preguntas, decidió enfrentarse a sus miedos y a cavilar sobre su destino.

A Heidegger le persiguió un cierto escándalo cuando se atrevió a afirmar categóricamente que «la ciencia no piensa». Lo tuvo que explicar, pero creo humildemente que yo, joven estudiante entonces, entendí/intuí —o igual no— lo que el filósofo trataba de explicar, y si lo traigo ahora a colación es porque tal vez aquella cierta o errónea interpretación mía juvenil tiene mucho que ver con esta especie de diario.

Sólo pretendo ser un hombre que recapacita, que piensa no científicamente sino con un imperante deseo de autocrítica —no de autodestrucción— sobre todo lo que he ido admitiendo como verdades. Se trata de empezar un tiempo *agónico,* una crisis en la que intento cuestionar y desmontar, si fuera necesario, los prejuicios hasta llegar incluso a la contradicción esencial y desembocar con toda humildad en la duda metódica de un Descartes en zapatillas hecho a mi medida de no-filósofo. Sólo es eso: reflexionar en paz para llegar a rozar la verdad, la armonía mientras la vida se agita y aún los recuerdos permanecen.

La memoria es un arma que salva y asesina. Perder nuestro pasado es, cada día más, una tragedia que se multiplica; pero recordar lo que ya

es imposible de cambiar, resulta doloroso e inútil aunque tristemente real.

—Eliminemos el sentido de culpa de lo que ya es irreparable.

Bien, pero ¿cómo se hace eso? El pasado, los recuerdos, atacan o huyen sin avisar para bien y para mal. Pero si se pierden los recuerdos, ¿qué nos queda? ¿Qué clase de animal peligroso e indefenso es un hombre sin pasado? Siempre la dualidad del ser humano, su tragedia y su grandeza inexplicables. Qué difícil es manejar la libertad, qué difícil gestionar ese relato, tantas veces deformado del pasado, con una cierta equidad, sin enorgullecerte de los pequeños logros ni, por supuesto, atormentarte con los errores. Logros y errores de un pasado que ni siquiera sabemos si de verdad fue como lo recordamos, porque la memoria juega al escondite con la verdad, te reinventa, rehace a su antojo lo que fue tu vida, desfigura lo que quiere y sólo se salvan trozos que sí responden a lo cierto. Al final el pasado es tan incierto como el futuro.

(*PD a este día*: sólo soy un anciano oficial que piensa, que recapacita sobre su vida, sobre la vida, que intenta o necesita ir un poco más allá; nada más, eso es todo).

Jueves, 7 de mayo de 2020

Me entretengo mirando el vuelo de las moscas, mis odiadas moscas. Estas primeras llegan como nerviosas, apenas si se paran y vienen y van sin sentido volando en busca de nada, escudriñando cada rincón, asomándose al cristal de las ventanas como si realmente hubieran caído sin quererlo en la trampa del interior de la casa y añorasen una libertad que nadie les ha negado. Son rápidas, es difícil seguir ese vuelo convulso; de pronto desaparecen y vuelven a aparecer en la otra esquina. No paran. No descansan. Revolotean sobre los cuerpos sin saber para qué. Las estúpidas moscas que decoran siempre la pobreza, los residuos del mundo.

¿Qué buscan las moscas?

¿Qué busco yo?

Viernes, 8 de mayo de 2020

Hay en el arte una especie de sublimación de la tristeza y la desolación que me desconcierta, aunque también me sienta (humildemente) partícipe de esa aparente obsesión. Supongo que la felicidad o la alegría se viven y no hace falta expresarlas; en el dolor, la angustia, los miedos… tal vez exista una necesidad de com-pasión o sólo un morboso deseo exhibicionista.

(Recuerdo con una sonrisa tierna y comprensiva el impacto que fue la lectura adolescente de *Bonjour Tristesse*, aquella novelita de una precoz Françoise Sagan y mi amor repentino por Jean Seberg. Lo mejor de la novela, como tantas veces pasa, era el título).

Sábado, 9 de mayo de 2020

Llevo muchos días en los que la poesía y/o sus aledaños se me niegan, no sé por qué. Escribir, pintar, componer, crear, es adentrarse en una penumbra siempre desconocida en busca de una luz que nunca llega, la luz de lo definitivo, lo esencial. Por eso sigues, como Sísifo, condenado a seguir buscando inútilmente.

(Hoy me gustaría escribir un poema, un poema de amor universal, un poema de saber y perdón que fuese como un abrazo gigantesco, como un grito silencioso de paz que se elevase sobre el estruendo que nos cerca, más sonoro que el ruido que nos habita, más intenso que el miedo que nos oscurece, más dulce que las uvas que ya se anuncian en la parra retorcida).

Os cambio todo cuanto he escrito por un sólo verso nuevo y total.

Martes, 12 de mayo de 2020

Tengo mis pasos tan hechos a tus huellas

Los dedos de mi mano a tus recodos

Mis labios al camino de los tuyos

Mi ungüento a tus heridas

Mi silencio a tu voz

y a mi voz tu silencio compasivo

Mis palabras a tus puntos suspensivos

Mi torpeza de hombre a tus latidos

Mis muertes que se llenan con tu vida

… y así podría seguir explicándome con hermosas palabras vacías y adornadas hasta el fin de los días y las noches sin llegar jamás al verso final, a ese verso definitivo, al «Verso» que lo explique todo.

Miércoles, 13 de mayo 2020

En la casa familiar de mi infancia había un pequeño cuartito cerrado en el comedor, una especie de despensa extra que nada tenía que ver con la clásica despensa amplia que en las viviendas de aquella época se situaba junto a la cocina. Por razones que no vienen al caso, en mi familia se utilizaban algunas palabras en inglés importadas e influidas tras su estancia en Filipinas; el pequeño cuartito del comedor fue siempre «el *closet*».

Aquel *closet* era mi reino. Me encerraba allí y dejaba que el tiempo pasara; no se trataba de un juego de niños, no era una guarida, ni un escondite, ni nada que ver con una fantasía infantil; era, sencillamente, la soledad sin más.

Pero desde siempre he sido consciente de que me sienta bien la soledad, de que la amo, de que casi la deseo, la necesito en muchos momentos de la vida y este reconocimiento me inquieta hasta cierto punto porque ahora me pregunto si no es una forma de egoísmo.

No resulta sencillo armonizar seriamente conceptos como libertad, compromiso, incluso amor con este bienestar que siento al estar solo; y no me refiero a nada filosófico o trascendente, sino al diario vivir de un cotidiano, a desaparecer de esa tela de araña en la que nos movemos todos.

Dependo de tantos y tantos dependen de mí que resulta un poco abrumador levantarse cada día y hacer frente a ese aluvión de compromisos, a compartir con tantos lo que todos esperamos de todos, sonrisas y silencios, preguntas y respuestas, lugares comunes, costumbres repetidas, obligaciones, corrección social… tantas y tantas cosas inadvertidas que llevamos a cuestas un día y otro sin darnos cuenta de que estamos ejerciendo de robots enseñados a comportase como artefactos autónomos cumpliendo con las leyes de la tribu.

Si como decía Publio Terencio Africano «nada humano nos es ajeno» —y no lo es—, cómo sentirse libre de lo más cercano, salirse del camino de vez en cuando y sólo ser uno mismo estando solo, solo de verdad, físicamente solo. Sentirse solo en una tarde cualquiera rodeado de tus cosas, la casa en silencio, vacía de ruidos y de voces. No hablo de una soledad interior a la que se puede llegar en medio de la calle, no; hablo de una soledad real, de ese momento en el que nada existe más que tu entorno y tú mismo como una pieza más de ese paisaje quieto, silencioso, como suspendido en el tiempo y el espacio. Y nada más. Estar y ser sin necesidad de trascender, de pensar, vivir

ese momento sencillamente, sin derechos ni deberes, sin la necesidad de nada ni de nadie. Sólo se trata de saberse libre, fuera de la tela de araña, sentirse como yo me sentía de niño cuando me encerraba en el pequeño *closet* de mi casa que olía sobre todo a azúcar.

Necesito esa soledad de vez en cuando seguramente porque sé que es pasajera, que no tiene futuro, que no es la soledad del abandonado sino una excepción en la que me siento raro, distinto, libre; no es fácil de explicar este sentimiento y menos aún sin herir a los que me rodean y me salvan setenta veces siete cada día. Sólo se trata de recuperar por un momento la soledad del niño que se encerraba en el *closet* sin otra vocación que la de ser él mismo, de reconocerse físicamente como un ente individual desgajado durante unos minutos de ese entramado contradictorio, salvador y opresor a la vez, que era y es el entorno, los otros.

Me imagino que hace falta mucha paciencia y mucho perdón para entenderme. Pero es así y debo reconocerlo. La soledad de la que hablo es sobre todo una idea mítica de individualidad seguramente infantil, casi un juego en el que puedo, a pequeña escala, desordenar el mundo cotidiano, vivir a demanda de mis propios deseos sin horarios, palabras, contradiciendo —o no— las reglas establecidas por los años, la costumbre, lo que se supone correcto, lo esperable.

Para ser del todo honesto, debo concluir que esta declaración de amor a la soledad nace, como he dicho, de una idea, de una disposición; es tan sólo una aproximación a la verdad de alguien que se sabe rodeado y acompañado y que no cedería un solo centímetro que le distanciara de los seres que ama y necesita.

Jueves, 14 de mayo de 2020

Qué ejercicio tan complejo este de entenderse y aceptarse como realmente uno es, ni para bien ni para mal, sencillamente lo que uno es sin demasiadas trampas. Estoy a dos meses de cumplir setenta y dos años y la cifra me parece brutalmente exagerada; no puede ser verdad. Racionalizo la situación y el resultado es obvio: estoy al borde de cumplir setenta y dos años, pero hay algo en mí que niega esa evidencia: no puede ser que, estadísticamente, me quede tan poco tiempo de vida. Estoy bien, discretamente bien, me siento bien y no termino de entender cómo ha ocurrido todo, qué puede haber pasado.

Los años, claro. Han pasado casi inadvertidamente muchos años desde cualquier recuerdo hasta hoy que escribo esto. Cuando entonces, yo me consolaba con creer que con la edad uno iba aprendiendo a morirse poco a poco, a aceptar esa sinrazón que en esa época era sólo patrimonio de los otros; pensaba que con los años se iría viendo todo más claro y la serenidad y el conocimiento empañarían los miedos a lo inevitable. De crío uno pensaba que los abuelos siempre iban a estar ahí; pero los abuelos se morían enseguida. Los padres no, los padres tenían que ser eternos porque la vida sin ellos sería un desconcierto. Pero los padres también se morían y la vida, en ese trance, continuaba repleta de eufemismos, inventando verdades que la razón entendía pero que resbalaban inútiles ante el sentimiento de abandono.

Se nos van quedando vacíos los altares de los que amamos tanto y las hornacinas empiezan a tener justo nuestro tamaño. Y lo entiendo, claro, pero nunca terminas de preguntarte seriamente quién puede ser el próximo elegido.

Escribo estas cosas o las comento y, en lugar de escucharme, me tapan voces que me tachan de pesimista obsesivo, de viejo precoz o de amargado. Tal vez tengan razón, pero la realidad es la que es, es la que cuento, y habrá que enfrentarse alguna vez a esa única, absurda y lúcida certeza.

Lunes, 18 de mayo de 2020

Se equivocó el gorrión como la paloma de Alberti y entró, no sé por dónde, no en mi corazón sino en mi casa. Agitaba sus alas pequeñitas desesperadamente por las habitaciones buscando una salida. La gata okupa perseguía nerviosa a la posible presa enjaulada en una casa, entre paredes y pantallas mentirosas desde las que se ve la claridad del campo acristalado. El gorrión se estrellaba contra las ventanas, contra las paredes, y lo imagino aterrado en aquel laberinto sin salida, aterrado ante la gata que en su persecución derrapaba en las esquinas del pasillo. Empecé a abrir puertas y a levantar persianas, pero el gorrión volaba siempre hacia otro lado. El final fue feliz y alcanzó su libertad amenazada durante unos minutos en un mundo que le era ajeno. La gata okupa me miró con malos ojos porque seguramente no entendía que me hubiera hecho cómplice del gorrión enloquecido por el miedo.

Ahora vendría la inevitable reflexión sobre nuestra propia libertad tan limitada, esa confusión que es la vida, la amenaza continua, el acecho, el cruel devenir de la naturaleza.

No.

Me quedo con el gorrión volando libre, con el gorrión pequeñito como un puño y aterrado sin saber qué pasaba. Me quedo con la visión del gorrión saliendo por la ventana y me imagino su recuperada serenidad, los latidos de su diminuto corazón ya acompasados bajo el cielo libre de esta mañana azulada. Pienso en el gorrión y me llega una oleada de paz. Y sonrío.

Viernes, 29 de mayo de 2020

Me tienta hablar/escribir conmigo mismo, mantener una larga conversación —de verdad— entre los no sé aún cuántos yoes que me habitan: el cobarde, el narciso, el bueno, el miserable, el honesto, el mentiroso, el noble y el traidor, el contradictorio, el trilero, el que intenta creer y no puede, el desencantado, el jugador, supongo que también el mercenario, el yo al que la vida le ha desengañado y el que ha desengañado a la vida, el efímero triunfador y el pequeño fracasado, el que amó tantas veces y el que fue amado, el que es carne de olvido y el que aún puede que permanezca en alguna memoria, el yo del desorden ordenado que se culpa sin tener culpa y el que encuentra mil razones para no culparse pero le duele el corazón pretérito.

Me tienta escribir sobre lo que tengan que decirse estos mil seres que me habitan y me conforman, potenciales asesinos los unos de los otros, bárbaros, tiernos, débiles y fuertes, vivos y muertos, justos e injustos. Se justificaba Walt Whitman como también yo me justifico: «Sí, me contradigo. ¿Y qué? Yo soy inmenso y contengo multitudes».

Me tienta bucear en ese océano de multitudes que somos todos, que soy yo, pero ¿cómo hablar de ellos sin implicarme con alguno, sin intentar justificarlo frente al ataque de los otros con los que también tendría que implicarme y justificar incluso su ferocidad o su benevolencia?

¿Quién soy realmente yo y cómo ser imparcial en mis propias contradicciones? Ni siquiera los dioses son libres, están condenados a su propia divinidad; ni libres ni justos.

Después de tantos años aquella pregunta que me hacía de adolescente sigue aún si respuesta:

¿A dónde vas así
Mi pobre niño loco
Gritando tu canción
Con la mano extendida
Solo por los caminos solos?

Miércoles, 10 de junio de 2020

Ayer me dilataron las pupilas y durante algunas horas la vida fue un océano gris poblado tan sólo de siluetas, formas que adivinaba desdibujadas, sin expresión, sin rostro; voces y ruidos que sonaban a mi alrededor sin dueño, la enorme orquesta de la vida interpretando una sinfonía desconcertada, desafinada. Los árboles grandes de la plaza eran una mancha verde incandescente y, al doblar las esquinas, el sol daba de lleno y su tremenda luz hería sin piedad mi inseguro deambular y escocía aún más aquel mundo tan del todo incierto.

Estoy seguro de que los dioses, cualesquiera que sean, nos ven siempre con sus divinas pupilas dilatadas; no son ciegos ni miopes, tienen las pupilas divinamente dilatadas y por eso contemplan nuestras vidas como un paisaje confuso y sólo les preocupa —y no siempre— que los universos cumplan con sus leyes. Pero no nos conocen; para los dioses somos sólo siluetas con los rostros borrosos que ríen y que lloran sin que las risas ni las lágrimas sean visibles a sus sagradas pupilas eternamente dilatadas.

Los dioses no están ciegos, pero sólo ven manchas, sombras; somos manchas tan sólo vagando por este inmenso océano lleno de soledades sin saber muy bien a dónde vamos ni por qué.

Ellos, los dioses, los pobres dioses, que como tengo dicho no son libres ni justos, también ignoran casi todo.

Viernes, 12 de junio de 2020

Por los pasillos largos de los hospitales camina el mundo cargando con sus miedos y sus esperanzas, con sus lágrimas y sus risas, su cansancio y sus deseos de vivir; pero sobre todo por los pasillos largos de los hospitales camina el gran desconcierto del ser humano. Hay hombres y mujeres que vienen y van en busca de ascensores que no llegan, de escaleras que no existen, y se paran y miran los letreros y las flechas que indican los caminos.

—Este pasillo hasta el final y luego a mano izquierda.

Pero el pasillo es un camino demasiado largo para la mujer que arrastra los pies tan lentamente y se detiene un momento para tomar una pizquita de aliento. Al final del pasillo a mano izquierda hay más pasillos y la mujer mira desolada a un lado y a otro. Está perdida en ese mundo de puertas todas iguales y se hace a un lado para que pase una cama ocupada por un desconocido con los ojos cerrados y el suero clavado en una vena. La mujer llega a una sala grande en la que aguardan otras mujeres, otros hombres, adolescentes mirando sus teléfonos, gente solitaria sentada en una sala de espera para que alguien en algún momento les certifique el milagro o la tragedia.

La mujer pregunta pero nadie sabe la respuesta. Se cruza con un hombre que también busca. Cada cual sigue su camino. La mujer anda despacito y lleva en su mano fuertemente agarrados unos papeles. El hombre sigue caminando en dirección contraria. Se para. Mira a su alrededor. Vuelve sobre sus pasos. El grandioso hospital tiene tres edificios que se comunican. Tendría que haber entrado por la Puerta G del Ala Norte, pero se equivocó. Ahora está en el Pabellón D aunque él no lo sabe.

Pienso que los dos, el hombre y la mujer, llevan días vagando por los pasillos. Tal vez ya no existan y sean sólo sombras de pacientes que nunca llegaron a su destino. Pienso que tal vez esos seres que habitan los largos pasillos de los grandes hospitales llevan allí meses, años, que son almas perdidas condenadas al silencio y al ir y venir sin descanso por los pasillos largos de los grandes hospitales en busca de respuestas.

En las salas de espera hace un clima raro que sólo se respira en las salas de espera y la gente habla casi siempre en voz bajita.

Domingo, 14 de junio de 2020

—¿Pero tú eres realmente feliz?

—Pues sí, claro, pero es que no sé muy bien cómo contestar a eso, no sé muy bien que es la felicidad o a qué te refieres.

—Siempre ves el lado malo de las cosas, lo negativo, lo feo, y eso me duele.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Porque podría llegar a pensar o a plantearme —que naturalmente no lo hago— si no he fracasado como pareja, si no hemos fracasado, si no he sabido o no he podido hacerte feliz.

—¡Por Dios, ¡no se trataría de ti y lo sabes, no hagas trampas!; el problema, te lo acabo de decir, es que tendríamos que ponernos de acuerdo sobre qué es la felicidad.

—No empecemos; la pregunta es sencilla: ¿eres feliz o no?

—Es que no creo que nadie con dos dedos de frente sea realmente feliz, que nadie pueda ser feliz así, sin más.

—Eso ya lo sé, no me refiero a nada sublime, me entiendes de sobra. Te pregunto sobre tu vida, sobre la nuestra, si crees que eres feliz o no, si recuerdas momentos felices, especialmente felices, momentos en los que dijeras «Qué bien estoy» pero no como una frase, sino porque realmente fueras consciente de que estabas siendo feliz. Nunca te ríes. ¿Por qué nunca te ríes? Podría contar con los dedos de una mano las veces que te he visto reír de verdad, reírte con ruido, a carcajadas…

—Sí me río, claro que me río, pero bueno, no me río como tú, no sé reírme así, no me sale; pero eso no quiere decir nada. Hay muchísimas cosas que me hacen gracia, pero no sé reírme a carcajadas y además la felicidad…

—Ya lo sé, lo sé; sólo te lo decía como ejemplo. No se trata de reírte o no, la felicidad no tiene nada que ver con eso, pero tú ves siempre la parte mala de la vida, sólo escribes de esa mitad y es lo que no entiendo, por qué sólo ves lo negativo, por qué sólo te gusta ver la parte oscura.

(Pienso, pero no llego a decirlo, como me pasa tantas veces, que no, que no, L., que tú eres la luz que perdura pese a todo, contra todo, en todo, que hay muchos yoes que van por libre dentro de mí, pero tú serías el único punto de encuentro de todos ellos, que estoy tranquilo, que sólo busco explicarme el mundo, que tantas y tantas cosas).

Lunes, 15 de junio de 2020

Claro, ahora vendría una larga disquisición basada en esa sutileza genial del castellano: el ser y el estar. Pero creo que he dicho demasiadas veces lo mismo: no concibo vivir en el mundo que vivo y ser —esencial y racionalmente— feliz, me parecería una inmoralidad descomunal. No creo que nadie con un mínimo de sensibilidad pueda ser —insisto: *ser*— feliz. Otra cosa es el *estar* y hasta otra, algo más tiernamente cínica pero necesaria, es aprender a vivir *como si*, ese paso intermedio y engañoso pero imprescindible, entre el ser y el estar: el estar como si uno fuera.

Naturalmente que, a lo largo de mi vida, de casi todas las vidas, cualquier ser humano ha estado feliz, se ha sentido feliz, y si preguntas en esas encuestas absurdas dan un porcentaje alto de hombres y mujeres que se consideran por lo menos entre bastante y muy felices. Yo sería, seguramente, uno de ellos y sería sincero y justo: soy un hombre que habita en un continente adelantado, en un país que, con sus defectos y carencias, su vocación suicida, tiene casi todo al alcance de casi todos, el llamado «estado del bienestar».

Del «bien-estar», no del «bien-ser». Ahí la sutileza. ¿Soy feliz? No, no lo soy, no lo puedo ser, me resultaría, insisto, del todo inmoral. Aunque a cambio vivo cosas felices. Resumiendo: como ya he dicho, la vida no es hermosa, pero es posible llegar a vivirla hermosamente. No es lo mismo, pero sirve; sólo hay que entender el «como si…». Pero esa es otra historia.

Miércoles, 15 de julio de 2020

Toda la luz del mundo para mí.

Quiero luz.

La necesito.

Que el rayo que no cesa

me atraviese de norte a sur, de este a oeste

y estalle en mis entrañas.

Quiero que me mire el sol de frente

si se atreve,

que me invada los ojos hasta la ceguera.

Quiero ser luz,

convertirme en sólo luz.

Ser luz, ser luz,

poseer el secreto indescifrable de la luz

y guardarlo para siempre.

Qué hermoso invento el de los ángeles

en este oficio de tinieblas que es vivir.

Sábado, 18 de julio de 2020

Porque eso es vivir:

ir por el mundo a tientas,
perderse en sus absurdos laberintos,
luchar, vencer algunas veces, perder la mayoría
y volver a empezar
dando palos de ciego,
escrutando superficies,
pasando la yema de los dedos
por la piel de los árboles
de las piedras
de los rostros,
de la tierra seca y sedienta,
de las verdes praderas que cantaba Walt Whitman.
Vivir tanteando los abismos,
buscando cuevas de seguridad y olvido
donde ejercer en paz este oficio de tinieblas.

Viernes, 7 de agosto de 2020

El pasado 28 de julio cumplí setenta y dos años. Ese día tuve la decencia de no enfrentarme a la pantalla en blanco, de no abrir el *doc,* insertar la fecha en negrilla y dejarme llevar por semejante aniversario. Pero ese silencio que acabo de calificar como «decente», seguramente no era más que una farsa que aquel día me pareció elegante o digna. Dejémonos de poses.

Son ya setenta y dos años, una cifra que era inimaginable cuando aún cabalgaba sobre esa barroca ensoñación que es la adolescencia. Una cifra lejana y desde luego ajena cuando rozaba el cielo a los cuarenta. Y más tarde una edad que no parecía ser mía porque yo estaba aún en la retaguardia de los sesenta y los que caían eran otros, amigos mayores cada vez más lejanamente cercanos.

Me he engañado muchas veces con la muerte aunque alguna vez me he acercado también a la terrible verdad. En ocasiones echo cuentas de los años que me pueden quedar y son tan pocos que...

Martes, 25 de agosto de 2020

De anochecida llegan al jardín los murciélagos que vuelan nerviosos y ciegos, recién despertados de su largo sueño diurno. Son pequeños y sólo veo sus alas no más grandes que las de los gorriones y su brusco aleteo rapidísimo y desigual, como si a cada metro se arrepintieran y cambiaran de rumbo. Al poco tiempo desaparecen sin decir a dónde van. No siento por ellos nada especial pese a la mala prensa que les persigue.

Las avispas, sí: las avispas tienen una cierta propensión al suicidio. Ignoran estúpidamente que no saben nadar y vuelan sobre la fuente y sobre la piscina, y de pronto quedan atrapadas en el agua sin poder remontar. Cada día hay varias avispas tripudas flotando ahogadas en la fuente y la piscina.

Las avispas cumplen su función en la naturaleza pero me resultan antipáticas, obsesivas, feas. No me apena que sean incapaces de calcular el peligro de ahogarse en el agua y menos aún si las comparo con ese prodigio de elegancia y sabiduría que son las golondrinas.

La oscuras y sedientas golondrinas se lanzan en picado sobre el agua y, cuando parece que están a punto de estrellarse, inician pronto un vuelo rasante y vuelven a ascender con la gotita de agua en su pico saciada ya su sed en busca del nido o del alambre. Las oscuras y sedientas golondrinas tienen una elegancia natural y sofisticada, y en su fuero interno deben despreciar, como yo, a las avispas, ignorantes suicidas.

Jueves, 27 de agosto de 2020

Leo en Twitter una frase que me parece hermosa y cierta; no sé quién es su autor, pero creo que anda pululando por las redes; dice así: «Cuando se rompe una relación se muere todo un idioma. Una lengua de palabras inventadas, de dobles sentidos, de sonidos, miradas y gestos compartidos. Un idioma único, que pertenecía a dos personas en el mundo y que ya nunca más se volverá a hablar».

Y es cierto, absolutamente cierto; pero no sólo eso. Cuando se rompe una relación también se destroza un paisaje, cambia el eco de los pasos por las calles, el parque deja de ser el de siempre y parece ajeno y los gorriones, y las campanas cambian de pronto su canción y su sonido por uno nuevo que los amantes ignoran por completo.

Cuando se rompe una relación nace una soledad repudiada o deseada, una libertad que libera o enloquece.

Pero, sobre todo, vuelvo al principio: cuando se rompe una relación se muere todo un idioma.

Cierto. Hubo un tiempo feliz en el que un amor adolescente y yo nos dedicábamos a esquivar las palabras convencionales para crear otras nuevas; queríamos, efectivamente, un idioma propio para aquel amor que imaginábamos único, un idioma al estilo del manuscrito *Voynich* que fuera indescifrable, hermoso, hermético.

Aquel idioma se rompió cuando se rompió el amor y de sus claves y sonidos no queda sino una historia confusa de la que apenas recuerdo y olvido dos fonemas que el paso de los años me roba y me devuelve en un juego perverso. Ella lo describió mucho antes de que existiera Twitter en unos versos tristes y desconcertantes que hoy sólo puedo recordar en su esencia y no sé si textualmente: «*Ya sé: me has cambiado el idioma, es eso, ¿verdad? / Has aprendido otro muy nuevo y precioso mientras dormía y lo has cambiado sin avisarme*». Pero nadie cambió el idioma, se rompió sin demasiado estrépito, sencillamente se rompió como se rompe en un descuido una tacita de café; se nos rompió el idioma víctima quién sabe si del desamor, del olvido o del tiempo. Se rompió y no hubo más.

Jueves, 3 de septiembre de 2020

Hay dos silencios que se descuelgan tristemente por el magnolio, un orden en la casa que desordena la paz; el agua de la piscina parece una charca azuladamente mansa y quieta y las mil guaridas que hicieron en los rincones del jardín han perdido de golpe su perecedera vocación de fortaleza inexpugnable.

Ni el viento juega a hacer ruido entre los árboles ni nadie sigue el meticuloso caminar de las hormigas y hasta los cajones más recónditos de la casa recuperan la extraña paz de las cosas dormidas.

Se han marchado los nietos.

Miércoles, 16 de septiembre de 2020

De pronto, a veces sin motivo, me siento como un sin techo en este siglo XXI. Me viene ya un poco grande el mundo, no lo entiendo. Soy un desplazado de un tiempo antiguo que ahora duerme en los campos de refugiados cuando la autoridad deja acampar a los que huyen con lo puesto y por todo equipaje sólo llevan un capazo de esparto y de recuerdos. Muchos intentamos huir del horror que nos precede, pero el horror de este siglo, llegado el año 20, es aún peor, carece de bandera, de patria, de rostro, es invisible. Pero no es la peste de hoy, de ahora, la que me provoca ese desconcierto: es este siglo XXI del que no me siento parte.

Resulta casi frívolo —incluso inmoral— escribir lo que he escrito. ¿Qué tengo que decir contra este siglo?

No, no hay nada que reprochar a este tiempo añadido. Es verdad que vivo o sobrevivo entre la claridad de mis ángeles y la terrible oscuridad de mis bestias, pero ese es el destino del hombre, siempre ha sido así aunque tal vez a mí me coja ya demasiado cansado.

No tengo nada contra este siglo que me viene grande y que no es el mío, no le pertenezco y no me siento ni arropado ni partícipe; es como si lo viviera desde fuera, como un espectador asombrado, temeroso y vivido. Pero nadie tiene la culpa de este exilio. Es verdad que no añado nada al mundo ni el mundo ya me añade nada más a mí, nada al menos que pueda ser trascendente porque, aunque aún formo parte de la respiración de todos, estoy en el arcén y contemplo tranquilo cómo la vida pasa.

Muy de vez en cuando me entrego a los recuerdos pero no como un fácil ejercicio de melancolía o una suerte de nostalgia; creo que Susan Sontag —voy a buscar la cita— elevaba a una categoría casi épica el hecho de recordar; decía: «No es un mero ejercicio memorístico o histórico, sino que la valiente tarea de rememorar el pasado encierra una ineludible carga ética».

Y en eso estoy, tratando de reconocer —inútil pero éticamente— cómo ha sido mi vida, cómo ha sido la vida hasta que este siglo, del que me siento sólo un invitado, irrumpiera poderoso y extraño. Y es precisamente esa carga ética la que contradice la pulsión tentadora de ignorar la culpa, la responsabilidad propia y de los otros cuando aún hubiera podido ser posible hacer algo, aunque fuera cambiar un segundo la Historia. O no. No lo sé, realmente no lo sé.

Viernes, 9 de octubre de 2020

Ha entrado el otoño casi de golpe. De pronto las tardes se juntan con las noches y el atardecer delira entre colores imposibles. El membrillo resplandece con luz propia y la morera empieza a languidecer con restos de pereza y de ternura.

Domingo, 18 de octubre de 2020

No sé por qué esta tarde me he confinado en el pasado sin otra pretensión que dejar correr un tiempo vacío. He dado una vuelta por la casa pasando revista a las fotografías que L. enmarca y esparce por paredes, consolas, esquinas y rincones. Y allí, sobre una mesa-camilla pequeñita, estaban ellos: mi padre leyendo recortes de artículos míos y un poco más allá una foto de estudio, muy de la época, de mis abuelos paternos. Las dos me han producido de entrada un sentimiento especial de ternura y una reflexión posterior de difícil respuesta. Vayamos por partes.

A mis abuelos no los conocí y es algo que muchas veces he echado de menos. El rostro de mi abuelo no es, en la fotografía, severo, pero sí serio: la perilla blanca, cuidada, la mirada digna… un desconocido culpable —responsable— de mi existencia.

La foto de mi padre, en la que me he parado, me resulta doblemente tierna y agridulce. Aparece, como he dicho, leyendo recortes de artículos míos que él iba guardando en una carpeta azul de esas con gomas en las solapas. Las gafas puestas, un chaleco de punto gris, corbata y una rebeca de andar por casa. Él y su calva que he heredado. Él y su silencio escondido. Él y, seguramente, el pequeño e infantil orgullo de ser el padre del periodista, «del que sale en la tele».

Cuando uno ve estas cosas siempre se reprocha el pasado, la distancia, la llamada que debió hacer, las presencias que se posponían por culpa del trabajo, de los hijos, de la pereza. Tampoco tengo mucho de que arrepentirme porque creo que con L. al lado hicimos algo más que cumplir.

Mi padre; tan sencillo que le gustaba el costumbrismo de Jose María Pereda y la poesía de Gabriel y Galán; mi padre cantando —y bien— viejas canciones en euskera que hablaban de un pajarillo posado sobre la rama más alta de un manzano.

Hasta aquí —y podría seguir agotando recuerdos— la sentimentalidad al contemplar las fotos. Porque entre latidos de ternura aparece de pronto una pregunta absurda: ¿qué edad tendrían tanto el abuelo como mi padre en aquel momento de la fotografía? La respuesta es sencilla y desconcertante: más o menos la mía, la que yo tengo ahora. Yo soy ya el tercero de esos viejitos, me reconozca o no así en los espejos interiores.

Esa es la verdad: he agotado ya tres cuartas partes de la vida que

tenga más o menos asignada y da igual que en lugar de una perilla cuidada como la del abuelo lleve esta barba destartalada y perezosa o que haya cambiado el sobrio chaleco gris de mi padre y su corbata por una camisa vaquera, pulseras de colores y un collar del que pende un plateado árbol de la vida. No es un disfraz que me ponga por fuera y que podría resultar patético si sólo fuera eso, un maquillaje para disfrazar mi verdadera edad, un trampantojo engañoso de juventud. Creo que no, siempre he sido así.

Pero ya soy como vosotros, como tú, abuelo desconocido; como tú, padre mío, y ni puedo pedirte que apartes de mi este cáliz porque el vino que me dejaste como herencia es todo dulzura y nunca me encargaste que redimiera al mundo.

Aquí me tienes, padre, contemplando la vida con los ojos cansados como tú los tenías a la edad que yo tengo. Te doy las gracias y pido tu bendición.

Viernes, 23 de octubre de 2020

Hijo:

habiendo llegado a estas alturas
no te puedo entregar
ni el mapa del tesoro
ni las llaves del templo
ni el secreto de las cosas
ni el camino a seguir.
A estas alturas sólo puedo decirte
que no hay tesoro ni secretos,
que el templo es una escombrera abandonada,
que los caminos son un imposible laberinto,
que es la vida, la vida misma
la que te zarandea a su antojo,
que la vida es una arbolada que se levanta de pronto,
sin avisar en una mar que estaba en calma
y te arrastra a lugares
que los mapas ignoran,
a islas desiertas,
a ciudades en ruinas.
Es la vida, hijo,
es la vida quien marca los caminos de forma caprichosa
y todo lo demás es oropel vacío.
Oirás palabras que se alimentan de sí mismas,
oirás hablar de «libertad», «independencia»,
«igualdad», «dignidad», «ética», «solidaridad», «grandeza»
incluso «patria» o «religión» o «dios»
y es bueno que todas te las tomes con cautela
porque cuanto más solemnemente se pronuncian

más se alejan de la verdad de cada día.
Y la verdad de cada día
resulta monótonamente previsible,
ominosa y vulgar.
También heroica.
No hay secretos ni atajos, hijo;
tan sólo una verdad, la gran verdad que debes asumir:
al final
siempre
estarás solo
y, solo, deberás salvarte tú y salvar al mundo.

Lunes, 16 de noviembre de 2020

A las 11 de la mañana me dan la noticia de la muerte de J.M.R.

Un derrame cerebral masivo y punto final a una vida, a una historia, a una aventura que termina de pronto, bruscamente, sin avisar, sin sentido. Todo resulta absurdo y cierto. Me preguntan por él y siento que en realidad me preguntan por mí, por nosotros o al menos respondo por todos.

Nosotros, toda una generación que ya no cuenta, que hace años que no está ni en los papeles secundarios de la vida, que se ha ido quedando en el camino con más o menos elegancia, evitando en lo posible ese patético intento de seguir brillando cuando todos saben que la luz se ha agotado, que ya sólo queda apartarse sin perder la dignidad y, en todo caso, bajar de vez en cuando a ese sótano que es el pasado tan lleno de aciertos y fracasos para volver a pedir perdón, a perdonar y a perdonarnos, para revisar las agendas y recordar los números de teléfono que nunca llegamos a marcar por amor, por miedo, por compasión o por desidia, para asumir —en definitiva— el dolor y la gloria de haber vivido.

Nosotros ya no estamos en el camino de todos, vivimos en el arcén procurando no molestar demasiado y admirando sinceramente —al menos en mi caso— a los que aún siguen escalando la montaña de la edad con ilusiones y certezas. Pero de vez en cuando falta uno, hay uno que se nos va de la noche a la mañana y por más que lo intentas resulta imposible responderte a lo que también resulta imposible no preguntarte: cuándo seré yo. No hay respuesta.

J.M.R. se nos ha muerto sin avisar y yo le recuerdo con ternura, pero hablo de él como desde lejos, ajeno a la tragedia de una familia para la que su muerte repentina va a suponer un antes y un después, un luto lleno de lágrimas, una tragedia inevitable. Ni siquiera puedo abrazar a su gente en estos tiempos malditos de aislamiento obligado. Pero mi abrazo tampoco hubiera servido de nada. Al final —antes lo he escrito—, uno siempre está solo consigo mismo, solo con su dolor intransferible, solo con sus ausencias, solo con sus muertos.

Hace ya tiempo escribí algo para mi hijo Cris que me llenó de paz; se lo escribí casi sonriendo, despacito, con emoción. Voy a buscarlo y a copiarlo ahora aquí porque me parece que es necesario en esta desolación.

«Nos iremos los dos, Cris, y si muero yo antes, no tendrás nada que llorar, no

habrá sufrimiento en tu corazón ni luto en tu conciencia. Bendito seas. Ya te lo he dicho con palabras prestadas: “Yo me iré y seguirán los pájaros cantando” y tú continuarás ajeno al pequeño drama familiar, ajeno a mi ausencia. Yo ya no estaré contigo, pero tu mundo seguirá funcionando de la misma forma, tus liturgias seguirán sin alterarse y esa noche dormirás sin más, como todas las noches. La consciencia en ocasiones es una trampa llena de culpas y de miedos.

Bendito seas, hijo, bendita la transparencia de tus vacíos. Me iré y nada cambiará para ti, no habrá huecos en tu mundo, no habrá recuerdos, nada te quedará de este hombre que hoy te escribe y al que ni siquiera has necesitado.

Bendita sea esa ignorancia».

Esto escribí; lo releo ahora y la paz vuelve a posarse en mi corazón hoy dolorido.

Domingo, 22 de noviembre de 2020

Se le han terminado, al menos por ahora, los últimos calores que aún le quedaban al otoño. Hace frío, un frío brillante y en ocasiones luminoso. No me gusta el invierno; no es ni siquiera medio triste. Es un tiempo desnudo, un lugar inhóspito como una estación de tren abandonada, como una sala de espera en plena noche. El invierno no tiene alma, sólo frío, y el frío me rodea y me aísla aún más en este mundo que sigue aislado y temeroso.

Busco rincones sin invierno en la casa, rincones donde no llegue el frío desnudo y crudamente aséptico. Me refugio en zonas de penumbra y me doy cuenta de pronto de que, además, hoy es domingo y parece que nadie entiende la enorme y triste derrota que encierra siempre la tarde de un domingo en invierno.

Martes, 24 de noviembre de 2020

No pasa nada, sólo es este lentísimo anochecer de los deseos que a veces muerde un poco; pero aún queda algo de sol colgado en el horizonte como puede, sostenido casi de milagro por los hilos vertiginosos que tejen las golondrinas cuando el ocaso anuncia la negritud por el oeste. Eso es todo. Tan sólo el inevitable anochecer de los deseos. No pasa nada más, sólo eso.

Miércoles, 25 de noviembre de 2020

Los muertos, pese a estar muertos, siguen pagando alquiler al ayuntamiento. Me hago cargo del abono y mi hermano me pregunta si he ido a ver cómo está la tumba de los padres. No le digo la verdad.

No, nunca he vuelto a ir, no me interesa nada. Nunca he entendido —aunque respeto— esa ancestral reverencia por los cadáveres, que no por los muertos. Mis muertos los llevo dentro, vienen y van conmigo y los recuerdo a veces con dolor y ternura. Yo soy una realidad llena de muertos, soy su herencia cuando camino por las calles, cuando pienso, cuando contemplo el mundo; todos están en cada latido de mi corazón, viven en mi cerebro porque ellos conformaron mi mirada, mi comprensión del mundo y de la vida. Uno es uno y los vivos que te acompañan, pero también uno es parte de los muertos que le precedieron, que le hicieron como es en algún momento, en algún lugar, para bien y para mal.

Pero una cosa son los muertos y otra los cadáveres. En las tumbas, bajo las lápidas más pobres o los panteones más barrocos, sólo hay descomposición, polvo y huesos, nada que tenga que ver con lo que fueron en vida. Nos inventamos frases hermosas: «Aquí descansan los restos…», ¿qué son los restos de un ser humano y de qué descanso hablan?

Ya lo dije antes: no me gusta y no comparto esa exaltación, ese derroche de flores y cuidados ni tan siquiera como metáfora. Sólo puedo respetarla, pero no me pidáis que participe colocando un indiferente crisantemo donde ya no sirve ni una lágrima.

Jueves, 3 de diciembre de 2020

Y de pronto la noche se derrumba sin apenas ruido y el frío se precipita en el jardín oscuro y desnutrido. Las calles del pueblo están vacías y la vida se esconde detrás de unas ventanas ya cerradas como los ojos de los muertos.

Las ventanas cerradas, las luces apagadas, las calles sin gente. ¿Dónde la vida, dónde?

Un gato lento se pierde en la maleza después de cruzar la carretera y ni los perros ladran en el horizonte lorquiano.

¿Dónde la vida?

La vida late dentro de mí que contemplo este desolado paisaje. Me siento el único representante de la vida a la intemperie bajo este cielo nublado del que sólo llueve frío.

Y ni siquiera tengo miedo.

Lunes, 7 de diciembre de 2020

Reconozco que si alguien llega a leer esta especie de diario, tal vez me imagine —estoy seguro— como un hombre triste, incluso atormentado, como un ser que pone al descubierto su rosario interminable de amarguras entre palabras que pretenden ser hermosas. Pero no es cierto.

Sólo soy un tipo vulgar, un cotidiano que ingiere cada día las cinco pastillas propias de su edad —tres por la mañana, dos con la cena—, que habla aún por la radio, toma mucho café, paga el IVA, ve la tele y acompaña a su mujer con mejor o peor cara tirando del carrito de la compra y admira la visión global de L. que descubre a la primera en estantes escondidos del gran hipermercado todo cuanto se necesita para vivir una semana más. Leo los periódicos, despotrico de los políticos, me gusta el fútbol, cada vez toso menos, apenas fumo ya, acaricio a la gata que me huye, sonrío cuando llaman los nietos, sigo siendo un pobre hipocondriaco algo más moderado y a la gente, de vez en cuando, incluso le hace gracia lo que digo. No hay mucho más. Van pasando los días y aquí ni siquiera se nota si es martes o ya llegó el domingo.

No sigo, pero ya se ve que mis rutinas son vulgares, que mi vida es vulgar, que no soy más que un exaspirante a protagonista tranquilo ya a los setenta y dos años. Pero sé que si alguien leyera todo esto es posible que no me creyera, que pensara que sólo es un ejercicio fatuo de impostura; pero también sé que es posible que otros se apiadarían de mí y tratarían de reconciliarme con una vida que aparece descuadrada y hostil en lo que escribo.

No hay que llegar a extremos. Ni miento ni me ahogo. Sólo trato de escarbar sobre mi propia historia, sobre mi propia vida que no es ni mejor ni peor que la de la inmensa mayoría. No escribo esto para ser leído, aunque nunca se sabe, claro, pero no es mi intención. Escribo sobre todo para drenar este viejo corazón que acompaña.

En realidad —salvo dos títulos escasamente literarios—, nunca he escrito pensando en un libro. No soy pues un autor o no al menos un autor con obra. La obra es otra cosa más profunda e infinitamente más seria que una acumulación de títulos. No es mi caso.

Pero volvamos a estas páginas definitivamente últimas y a la actitud que podría interpretarse o intuirse de su escribidor.

Mi pensamiento hoy —desde hace bastantes años— creo que tiene

mucho que ver con el viejo existencialismo, con ese Unamuno que adelantaba ya en el prólogo de la edición en castellano de su ensayo *Cómo escribir una novela* una reflexión llena de lucidez y de verdad:

> «Sobre mí pesaba mi vida toda, que era y es mi muerte. Pesaban sobre mí no sólo mis sesenta años de vida individual física, sino más, mucho más que ellos; pesaban sobre mí siglos de una silenciosa tradición recogidos en el más recóndito rincón de mi alma; pesaban sobre mí inefables recuerdos inconscientes de ultra-cuna. Porque nuestra desesperada esperanza de una vida personal de ultra-tumba se alimenta y medra de esa vaga remembranza de nuestro arraigo en la eternidad de la historia».

Siempre me ha fascinado este personaje que se pasó la vida debatiéndose entre sus dos agonías permanentes, sus dos luchas que fueron sus dos grandes obsesiones: la fe por recuperar y la muerte innegociable, tan unidas las dos, tan complementarias (y tan mías). Creo que también en algún momento afirmó categórico don Miguel que «la literatura no es más que muerte»; menos mal que uno de los grandes hallazgos confesados del escritor vasco —creo que lo explica en *Soliloquios y conversaciones*— coincide con lo que ya he citado de Walt Whitman: la reivindicación casi sagrada de su derecho a contradecirse, algo que, aceptado públicamente, me parece el ejemplo máximo de honradez y libertad para cualquier hombre y al que humildemente me acojo desde la pequeñez de escribidor de libros publicados vaya usted a saber por qué —yo sí lo sé y lo explicaré en otro momento— y lo que es más importante: la contradicción como algo natural y enriquecedor —más allá del pesado y absurdo pensamiento pétreo: el hombre de una pieza— como elemento liberador y honrado —repito— de la propia vida.

Creo que volveré sobre todos estos asuntos porque he dejado muchos cabos sueltos sin terminar de explicar realmente qué hay detrás del pesimismo que se podría adivinar, de una cierta tristeza que no es del todo triste, de una aparente amargura que puede parecer que subyace en estas líneas y que necesitaría el bálsamo de una explicación serena.

Domingo, 13 de diciembre de 2020

Hoy he estado a punto de volver a la pintura. Hubo un tiempo en el que me dediqué a esta actividad con un fervor infinitamente desproporcionado: demasiada pasión para un resultado no demasiado satisfactorio objetivamente. Toda la pintura, todas las escuelas, tendencias, épocas me resultan fascinantemente inalcanzables y siempre dignas de admiración. Por eso y por una doble contradicción, dejé los pinceles a pesar de haber hecho tres exposiciones «de favor» (cajas de ahorro, salas de diputaciones…).

Pese a esta confesión en parte sincera y realista, me sigue tentando garabatear sobre cualquier superficie —como los niños— y hoy, ya lo he dicho, he tenido que vencer la tentación de volver a las andadas.

(Este apunte no es sino un pretexto para reflexionar sobre dos temas que sí me parecen de interés: mi propio yo frente a lo que pomposamente podría llamar «creación» y la pintura misma).

Viernes, 25 de diciembre de 2020

La verdad es que mis conflictos personales, ese nudo en el que se citan la vanidad, una deformación profesional tal vez, el reconocimiento, la necesidad de que mi «creación» sea pública y si no es así mejor que no sea, me parecen hoy absolutamente despreciables. Habrá tiempo de volver sobre todo esto. Pero dejé colgada hace algunos días la explicación de por qué han visto la luz una docena de libros con mi nombre. Es sencillo: por la misma razón por la que he podido exponer —«de favor», decía antes— mis cuadros: porque he salido en televisión. Ahora podemos divagar sobre esta afirmación, decir que se trata de una falsa humildad a la espera de que alguien del público lo desmienta. No, no se trata de eso, no pretendo siquiera lapidarme.

La realidad es la que es y los resultados han sido los que han sido. No quiero decir que no pueda tener algún valor lo que he escrito, pero seguramente nunca se hubiera publicado si quien presentara el original a las editoriales hubiera sido un absoluto desconocido. Y esto que digo no es un ejercicio falso de sublime humildad, es que, sencillamente, es así.

Sábado, 26 de diciembre de 2020

No sé, será que hace frío, mucho frío, o será que una vez más me he quedado mirando el perfil sereno de L. mientras cosía junto a la ventana como un cuadro de Van Gogh.

Te amo, L., te amo de una forma muy seria y muy profunda, risueña, resignada, sorprendente, milagrosa y, aunque te conozco, creo, lo suficiente —o tal vez porque ese conocimiento es siempre una ficción —, me desconciertas muchas veces. Me desconcierta tu actividad que para mí sería frenética aunque sé que este es un adjetivo que nunca admitirías. Me desconcierta la fragilidad que llevas dentro —como todos la llevamos— y que se asoma tímida sólo en las catarsis después de la batalla. Me descentra tu ordenado desorden que como un tsunami se ha ido apoderando de todo hasta llenar armarios y cajones, hasta que no quede casi ni un hueco vacío en las paredes azuladas de la casa que es nuestro seno. Me desubica tu fuerza cada día, las mil obligaciones que te impones tú misma como si tuvieras un plazo de entrega.

Yo no puedo seguirte, L., ya no; y es muy posible que nunca haya podido, que nunca haya estado a la altura que esperabas. Ahora, fíjate, ahora me doy cuenta de mi error cuando intentaba que fueras tú misma, que eligieras siempre y libremente tu camino. Entonces no sabía que no era yo quien debía poner los rumbos de otras vidas, ahondarte, lleno de buenas intenciones, en esa libertad que ya tenías; entonces ignoraba que tu elección estaba ya tomada y que tan sólo me quedaba respetarla.

Pero te amo, L., te amo por sobre las palabras pronunciadas, te amo en los silencios, te amo en tus liturgias, te amo en los mil tonos de hablar y hasta te amo cuando me dices cosas que me puedan parecer injustas; es entonces cuando callo —ese silencio mío que no te gusta nada— y en todo caso acudo a la ironía —cada vez menos— esperando que el tiempo restañe las heridas.

Ahora estás cosiendo de perfil junto a la ventana, bebiendo con sorbos diminutos una copa de vino mientras un cigarrillo se consume olvidado lentamente.

Te miro y sonrío. Voy a levantarme y al pasar a tu lado te acariciaré con la mano el pelo brevemente, mientras te pregunto algo tan estúpido como «¿Todo bien?», y sin mirarme dirás que sí, que todo bien. Los dos nos entendemos.

Domingo, 27 de diciembre de 2020

Hace un año y casi una semana que empecé aquí a darme noticias a mí mismo de lo más personal que me sucede. Es verdad que cada día se viven muchas cosas, pero son muy pocas las que tan hondamente te lleven luego a la reflexión. Yo soy el destinatario de todo esto y tal vez lo que aquí se esconde es un absurdo deseo de dejar un testimonio que me suceda cuando la muerte llegue; soy consciente de que este testimonio tiene una fecha de caducidad; es más, ni siquiera sé si lo que voy escribiendo será leído alguna vez por alguien.

No es algo que me preocupe lo más mínimo. Como escribía Cela en su *Oficio de tinieblas 5* —y cito de memoria—, esto no es una novela sino la purga o más bien el drenaje de mi corazón, de este corazón que nunca supo a ciencia cierta dónde poner las fronteras de las pasiones, de qué forma acompasar su latido al dolor de los otros, cómo perdonar y perdonarse.

Es la hora de la verdad y resulta que toda la verdad de una vida ni siquiera necesita un manojito de folios, basta con unas pocas líneas; a eso se reduce todo, así se resumen setenta y dos años de errores y de aciertos, de pequeños fracasos y aún más pequeños triunfos.

No me quejo de mi vida —tal vez un poco de la vida— porque la parte verdaderamente amarga la he transitado en el cuerpo de Cris y por él, con él, en él he aprendido a llorar y tratar de tú a un dios silente, distante y frío.

El resto es sólo anécdota salvo mi relación con L. y con A., con los nietos que crecen mil días cada día; son esos a los que ingenuamente llamamos «los nuestros» como si alguien pudiera ser de alguien. Yo sí me siento suyo y esa pertenencia aprieta el corazón hasta la duda.

¿Qué esperabais de mí? ¿Qué esperabas tú, L., del hombre que elegiste para hacer el camino? Recuerdo la canción de Leonard Cohen y no estoy seguro de que haya sido tu hombre exactamente. «*Si quieres un amante, yo haré cualquier cosa que me pidas. / Si quieres otro tipo de amor, me pondré una máscara para ti. / Si quieres una pareja, toma mi mano, o si quieres matarme en un ataque de furia, aquí estoy, soy tu hombre*». Únicamente me siento identificado con el tercer verso, sólo ese tiene algún sentido; el segundo resulta más complicado aunque supongo que es terriblemente verdadero: «*Si quieres otro tipo de amor, me pondré una máscara para ti*». En cada relación, no sólo en la pareja, hay que disfrazar muchas veces al yo y fabricarse máscaras para sobrevivir, para sobrevivirte frente a los espejos, para que otros

también sobrevivan, para salvar los muebles de los pequeños incendios cotidianos. Sin máscaras el mundo sería un lugar inhóspito, invivible.

Y luego estás tú, A., al que no puedo juzgar porque yo soy en este caso el que se sienta en el banquillo. No te dejes llevar por la compasión ni por la estricta justicia en la sentencia. Sólo tú sabes lo bueno y lo malo que haya podido dejar en ti. Declárame culpable o inocente desde la libertad que es lo único que he tratado de enseñarte, el siempre expuesto camino de la libertad y que actuaras de acuerdo sólo a tu conciencia.

Y vosotros todos, los demás, ¿qué he hecho realmente por vosotros? Porque según se va alejando el tiempo del pequeño oropel, crece y crece la duda que atormentaba a los místicos: ¿no ha sido toda una suerte de pequeñas vanidades disfrazadas? ¿Dónde acaba la buena obra y dónde empieza el placer? ¿Quién impulsa a quién? Vuelvo a Sontag y a su lúcida afirmación sobre la ineludible carga ética que supone rememorar el pasado.

Pero es que quizás tampoco tenía elección; os juro que me hubiera gustado pisar sobre la arena sin dejar huella, por pequeña que haya sido; hubiera preferido el noble papel de marioneta en lugar del que una vez movió sus hilos. Yo sólo quería ser buena gente, sencillamente bueno, ser un desapercibido en la pequeñísima escala que me tocó vivir, os lo juro. Os digo la verdad, hablo desde el corazón en esta noche fría. Yo sólo quería ser buena gente.

¿O no?

¿Acaso estoy mintiéndome también ahora? ¿No es todo esto un intento pueril de justificar mi vanidad, de disculpar mi ego? No lo sé. Y como no lo sé y nunca encontraré una respuesta a esta pregunta, casi mejor seguir en ese extraño purgatorio de los místicos debatiéndome entre el placer y el pecado.

Lunes, 28 de diciembre de 2020

Te conocí cuando era yo un estudiante de bolsillo flaco
y el París nocturno de entonces
lanzaba al espacio en una cascada de luces
el efímero reinado de tu nombre.

(Recitado, creo que escrito por Celedonio Flores, y que sólo lo he encontrado en la versión que Julio Sosa grabó del tango *Madame Ivonne*. El último verso que reproduzco —«el efímero reinado de tu nombre»— me hubiera gustado escribirlo a mí. Qué extraña obsesión por retener la belleza de lo perecedero o, para ser más exacto, de lo efímero).

Sábado, 2 de enero de 2021

Se terminó el año 2020 y ni siquiera tuve la tentación de escribir una línea en este cajón de palabras perdidas. Uno ya no está para liturgias añejas aunque L. y yo, solos en casa, cumplimos —¿por qué no?— con el rito de las famosas doce uvas; eso fue todo, que no es poco.

Al final terminamos viviendo como cierta esa convención tan estúpida y necesaria para la contabilidad del mundo: el tiempo medido, fragmentado, como si de verdad hubiera un pasado y un futuro y el presente no fuese lo que realmente es: un continuo pasado. Pero dejemos estas disquisiciones para los filósofos, físicos y matemáticos; aquí y ahora es todo más sencillo: se trata de tomar doce uvas el 31 de cada diciembre y desear un próspero año nuevo. No tengo nada en contra de estas celebraciones, pero siento no poder participar en ellas de forma un poco más apasionada.

Pasó el 2020 y aún seguimos inmersos en la plaga maldita, sumando muertos, restando besos. Nada cambia salvo el abrazo tenue, suave, silencioso y largo en el que nos tomamos L. y yo después de la última campanada. He escrito «nos tomamos» y me doy cuenta de que es la expresión más acertada aunque no sé si correcta; debería serlo. El abrazo es un acto recíproco con un millón de significados inexplicables. Me gusta ese abrazo con el que nos tomamos L. y yo, un abrazo enriquecido por los años, sin testigos, dos soledades que se toman, solos los dos frente a una pantalla que no nos importa, solos los dos como ayer, como mañana, compartiendo las tormentas negras y los días luminosos, los vientos y la calma.

Que así sea.

Que así siga siendo a ser posible.

Miércoles, 6 de enero de 2021

Sigo con el cuerpo izado sólo a media asta. El alma —esa cosa—, sin llegar a ondear solemnemente, se mantiene al menos en el mástil. Sigo confinado no tanto por miedo a la pandemia como por una cierta vocación de estilita que ha cambiado la columna por el ordenador; o no. Tal vez no sea una vocación sino la escasa necesidad de salir al mundo. Llegado a este punto me asaltan las dos palabras de siempre: desencanto y cansancio. Pero tampoco creo que ni lo uno ni lo otro tengan una carga vírica excesiva. Seguramente las dos me acompañan como un telón de fondo apenas visible, están ahí y vienen y van con mi actitud ahora ante la vida pero no terminan de condicionarme ni explicarme. No dan para tanto.

(Un personaje perdedor de la película *La gran belleza* dice abatido: «Roma me ha decepcionado». Lo que yo me planteo ahora, lo que realmente me pregunto, es justamente lo contrario: si yo no habré decepcionado al mundo, a mi mundo pequeño, al mundo que habitan los que amo, a mí mismo).

Domingo, 10 de enero de 2021

Hoy cumple Cris cuarenta y dos años. Es una frase hecha pero hoy se hace carne de verdad contradictoria: no tengo palabras para ti, ya no me quedan. Aunque nunca está todo dicho ni todo escrito, me he volcado en tu vida tanto y tanto que hoy, en este aniversario dulce, frío de nieve como el día que naciste, me pregunto si no he abusado de tu tragedia, si no te he utilizado como coartada para hacerme notar, para convertirme en el protagonista de tu historia. Quiero pensar que no, que de alguna forma tenía que ser la voz a ti debida, que era mi obligación representarte en este mundo egoísta, representarte a ti y a todos los santos inocentes como tú. Pero ha llegado el tiempo de la duda y la necesidad de convertirme en juez de mí mismo.

¿Te he utilizado, hijo? ¿He usado en exceso tu terrible aventura vital en mi provecho, en provecho de una cierta vanidad? Si es así, te pido perdón. Tu madre estaba siempre ahí con el dolor a cuestas a tu lado, injustamente silenciada mientras yo pregonaba contra el olvido y exigía justicia para los inocentes. Nunca sabré hasta qué punto ha sido ético el compromiso que voluntariamente me impuse de dar voz y luz a tu vida.

Cuántas certezas tenía entonces, qué sublime indignación y ternura me han llevado a airear tu nombre en despachos con banderas, en libros, en platós donde sólo aparecía yo con la mochila que te robaba, con tu realidad como excusa. Y ya ves, ahora, cuando voy poniendo el punto final a mi lucha —a nuestra lucha—, me pregunto si en parte no te habré utilizado, si en lugar de tanto protagonismo no tendría que haber estado compartiendo las terribles horas que nos han tocado. Tampoco para esto tengo respuesta; ha llegado el momento de hacer justicia y ya no tengo respuestas a las muchas certezas que esgrimía para así justificar tantas cosas de mi vida. No pretendo ser severo conmigo mismo, pero tampoco puedo ser condescendiente. En mi descargo sólo puedo decir que hice lo que creía que era justo y necesario aunque tal vez hubiera tenido que medir algo más ese puñado de realidades del que no sé si ingenua, egoísta o necesariamente me hice portavoz y protagonista sobrevenido. Me consuelo con los versos de Celaya en los que tantas veces he arropado mis desplantes:

Cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,

se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades.

Pero no era mi verdad, era la tuya que se hacía carne en la mía, era la verdad bárbaramente desnuda. En cualquier caso, perdóname, Cris, por haberte robado el papel protagonista de tu vida silenciosa y ajena. Perdóname, hijo; aunque sea por este amor animal que te tengo, perdóname.

Lunes, 11 de enero de 2021

La nieve no ha parado de caer y todo cuanto me rodea es un paisaje hermoso y traicionero. Estamos aislados, prisioneros de esta cierta belleza ya casi olvidada y resulta imposible salir al jardín, llegar hasta la puerta, adivinar lo que esconden los tres palmos de nieve que se siguen acumulando y creciendo.

Recuerdo ahora el título del primer libro que escribí para Cris, *Un blanco deslumbramiento*; todo cuanto en él decía sobre ese no-color me sigue pareciendo cierto: el blanco no es la paz; puede ser bello este paisaje pero el blanco, pese a siglos de simbolismo, carece de pureza porque no existe, porque es la síntesis caótica de todos los colores de luz; el blanco es un vacío inquietante, un enorme gran vacío.

La soledad es blanca.

El miedo es blanco.

También la muerte.

Lunes, 25 de enero de 2021

Dejadme que me ordene en mi desorden.

Dejadme que me encuentre en mi laberinto

y que renuncie a buscar la salida.

Dejadme completamente solo, abandonado,

rodeado por vosotros, todos;

que guarde silencio cuando grito,

que grite como una bestia aterrada cuando callo.

Dejadme que contradiga a mis contradicciones

y que no encuentre fin a mis principios.

Dejadme que busque asilo

en las heridas del mundo,

que me refugie en mis propias heridas,

en las vuestras,

en las de todos y cada uno de vosotros.

Tal vez ya haya llegado el tiempo de aprender a convertir las heridas en moradas.

Sábado, 30 de enero de 2021

Encuentro sin buscarlo el catálogo de una exposición de Edward Hopper del que me siento tan cercano. De este pintor ya se ha dicho casi todo: el silencio de sus cuadros, la incomunicación, la soledad de sus personajes. Pero hay algo que me resulta especialmente inquietante, algo parecido a un test —no el de Rorschach— que, creo, se utiliza en psicología: el desasosiego que me provocan muchos cuadros de Hopper es el imaginar el antes y el después de lo que la propia obra refleja. Me pregunto cómo llegaron el hombre y la pareja que aparecen sentados a la barra del café Phillies, situado en esa esquina noctámbula, casi clandestina y desierta. Me pregunto de qué hablan o de qué callan, a dónde irán cuando el camarero cierre su local de madrugada. Y el hombre solo acodado en la barra, ¿cómo y por qué está allí? Tal vez sea un viajante, el viajante de Arthur Miller bebiendo su mentira y su fracaso. Y todo así: esa mujer leyendo en una habitación casi vacía tal vez de un motel de carretera, incluso ese surtidor de gasolina desierto, fantasmal en medio de la nada.

La genialidad de Hopper es que no sólo no resuelve el misterio, sino que deja su huella, la huella de un instante, sobre el lienzo y se va sin más explicaciones; es un pintor sin final o con un final siempre abierto y desconcertante. En ese sentido, inquietante.

Martes, 9 de febrero de 2021

He llegado a la conclusión de que, efectivamente, soy —somos— artefactos sentimentales que a ciertas edades necesitan de ayudas externas para seguir funcionando sin demasiadas averías. Decía Le Corbusier que las casas eran «máquinas de habitar» y yo pienso, a partir de ahí, que los cuerpos son las máquinas de vivir, distinguir lo que llamamos consciencia o algo así —da igual el nombre— de lo que es este entramado milagroso de huesos, músculos, neuronas, sangre y tantas y tantas cosas.

Y es que acabo de sumar una más: ya son seis fijas más la añadidas a demanda. Hoy he sumado —me han sumado— una nueva pastilla diaria al parecer muy conveniente para seguir más o menos bien ejerciendo el papel de vivo. Lo digo con resignación y agradecimiento. Cada vez soy más pura química exógena añadida por vía oral, un objeto averiado que se mantiene gracias a pequeñas pastillas/milagro: tres con el desayuno, una con la comida y dos antes de dormir. Si *deus ex machina*, algo debe tener el hombre sujeto por la química a su continuidad. Como dije antes, no somos más que artefactos sentimentales, *machinas* incomprensibles y maravillosas con fecha de caducidad, claramente obsolescentes a las que conviene ayudar lo necesario para que sigan en marcha no se sabe hasta cuándo. Y ese es el gran conflicto, el drama es ese: la fecha de caducidad ignorada pero inevitable. No deja de ser tragicómico que la única certeza que tenga la vida, la única, sea la muerte.

Viernes, 12 de febrero de 2021

Hoy he escrito una carta a mi hijo mayor. No sé por qué me ha emocionado un poco, no tanto por el contenido como por el hecho mismo de escribirle una carta. Supongo que esa pequeña emoción se debió a que no sabía si le escribía como padre, como abuelo de sus hijos o como amigo. No renuncio a ninguna de las tres condiciones. Recuerdo cuando yo tenía su edad, cuando mi padre vivía y él ejercía ese papel con suavidad y respeto; yo su hijo y, a la vez, el padre de sus nietos. No sé, pero de pronto lo más natural te sobresalta un poco.

Y es que la vida se sucede a sí misma en una espiral que se rompe de pronto pero se rehace y vuelve a girar para seguir en ese bucle sin fin de su camino abandonando viejos afectos, amores que nacieron para ser eternos, tantas y tantas cosas.

Viernes, 19 de febrero de 2021

He roto una tacita blanca de café. La iba a colocar en su sitio y se me ha escapado de las manos. Tan sólo era una tacita de café blanca y huérfana, no tenía pareja ni plato a juego ni azucarero ni nada más que su tamaño idóneo. No pasa nada, insisto, sólo era una tacita blanca de café, pero he sentido algo raro al verla hecha pedazos sobre el suelo negro de la cocina.

De pronto he imaginado mi pasado como un solar inmenso, como el suelo de una cocina sin fronteras y sobre esa superficie, desperdigados, sucios, medio enterrados por el tiempo, todos los trozos inconexos de lo que he ido rompiendo sin querer o queriendo o se ha roto sin más a lo largo de los años y ahora reposan inútiles en la gran escombrera que es el pasado.

Mi inocencia rota, mi juventud que se fue ajando con una precocidad desconsolante, las hojas manuscritas que quemé en una estúpida ceremonia de purificación esperpéntica, versos rotos, rotas palabras, recuerdos hechos trizas, esperanzas destrozadas.

Quizás sea un ejercicio necesario. Debe serlo: romper las horas, los días, los paisajes para que vuelva a amanecer y en el crepúsculo, ya de anochecida, comenzar por enésima vez la vieja ceremonia de la destrucción de lo vivido hasta que un día, un día cualquiera, notes un crujido raro y entonces caigas en la cuenta de que eres tú quien se ha roto lo mismo que la tacita blanca de café hecha pedazos sobre el suelo negro de la cocina.

Domingo, 7 de marzo de 2021

Y así vamos, caminando a tientas entre hermosas adelfas que envenenan, sobre campos sembrados de trigo y bayonetas. Y de pronto, sin saber, surge como un torrente la desconcertada voz de agua-acero de César Vallejo:

> *Hay golpes en la vida, tan fuertes… ¡Yo no sé!*
> *Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,*
> *la resaca de todo lo sufrido*
> *se empozara en el alma… ¡Yo no sé!*
> *Son pocos; pero son…*

Desde hace ya bastante tiempo —unos meses—, la vida se está excediendo con nosotros; empiezan a ser demasiados golpes, demasiados filos por los que camina la cotidianidad de los míos, demasiadas esperas, este extraño puzle en el que no encuentras piezas para encajar y sólo queda esperar, disfrazar palabras y discursos con túnicas de esperanzas y acordar tácitamente que tenemos derecho a engañarnos por piedad sin que nadie rompa esta larga cadena de afectos disolventes.

Yo no sé, no sé por qué de pronto, sin saber, el miedo y el dolor se empozan en el alma y resulta tan difícil no sobresaltarse cada vez que suena el timbre del teléfono.

Sin duda es el amor y la com-pasión tan necesaria que te lleva a vivir en tus adentros el sufrimiento de los otros.

Si se pudiera no-amar, estas cosas no pasarían, pero si eso ocurriera, todos seríamos cadáveres caminando las calles, cadáveres montando en autobuses fúnebres, cadáveres solitarios cruzando por los inseguros pasos de cebra de la vida.

Yo no sé…

Martes, 9 de marzo de 2021

Ha sonado el teléfono esta mañana y no ha sido para bien.

Hoy necesito muy especialmente agarrarme a la vida, encontrar los hilos que me reconcilien con esa cometa de papel endeble que se llama esperanza.

> *Pasé frente al Nocturno y la vida había pintado unos carteles.*
> *Pregunté en una esquina por la hora*
> *Y en la bolsa del hombre que me dijo la hora*
> *Iba la vida, junto con su almuerzo.*

Este texto pertenece a *Guitarra negra* de Alfredo Zitarrosa. Hoy lo he vuelto a escuchar y me ha vuelto a emocionar, muy especialmente hoy. Me ha emocionado cómo el gran uruguayo descubría la vida y una cierta libertad siempre vigilada por la dictadura de su tiempo, en las cosas pequeñas, en la bolsa de un hombre que llevaba su almuerzo de obrero y que le dijo la hora en una esquina cerca del Nocturno.

Seguramente la vida —así, en general— no es más que eso, la sucesión de pequeñas cosas, esa cotidianeidad que a veces parece aburrida pero que cuando se rompe —y vuelvo a Vallejo—, cuando se rompe con un golpe duro, tan fuerte… yo no sé, nos abruma y estalla en mil pedazos la endeble fortaleza que nos vamos construyendo para proteger nuestra esencial fragilidad.

Hoy, muy especialmente hoy, necesito buscar la vida en cualquier parte, la vida transcurriendo sin sobresaltos, la vida tras los ojos limpios de la gente, la vida en la esperanza de los otros, en su trabajo, en el amor que sienten, en su paz serena y cotidiana, en la ternura de los viejos, en las manos inocentes de los niños. Los niños.

No quiero escribir sobre lo que ha ocurrido hoy, pero necesito dejar el testimonio de la muerte de una niña de treinta y tantos años, una niña que nunca dejó de serlo como lo siguen siendo todos los que comparten el destino de mi niño Cris. No insistiré. Me basta con recordar su sonrisa y por eso, porque a veces el golpe es demasiado injusto, incomprensible, porque no entiendes ni su existencia ni su muerte, por eso hoy necesito especialmente buscar la vida remansada, escondida, por ejemplo, en el hombre que llevaba una bolsa con su almuerzo y que le dijo la hora del mundo a un desconocido en una esquina frente al Nocturno donde la vida había pintado unos carteles.

Jueves, 18 de marzo de 2021

El membrillo ha florecido poderoso y grande. Cada primavera reparo en él y es como esos parientes que ves de vez en cuando y te presentan a sus hijos y tú dices: «Qué barbaridad, si eras un chiquillo y mira ahora…». Y el que era un chiquillo te mira como si no entendiera nada porque para él tú no has crecido ni has menguado, ni siquiera has envejecido; sencillamente no sabe ni quién eres y pone una sonrisa forzada y huye en cuanto puede de una situación que le resulta completamente ajena.

Pero es verdad, era un chiquillo que no se planteaba nada especial más allá del instante que vivía. Ahora es un adolescente precoz, irreconocible, que te mira indiferente y tú te das cuenta de pronto que, para él, eso que llamamos futuro es su gran esperanza, pero para ti, para mí, no es más que una amenaza más o menos incierta.

¿A qué venía todo esto?

El membrillo, sí; el membrillo al que he visto crecer y crecer robando vida a cada primavera y ya es un árbol exuberante, denso, lleno de flores lilas y blancas, ajeno a cuanto ocurre más allá de sus brazos infinitos. Y ocurren tantas cosas… demasiadas y demasiado intensas y que intento —no sé hasta cuándo— no trasladar a este retal en el que voy hilvanando los días de a poquitos.

Intento de verdad evitar aquí las pequeñas —y grandes— tragedias para no convertir esto en la crónica amarga de la parte más triste de la vida. Pero no es fácil. Se lo decía el otro día a L.: «Estamos rodeados».

Tal vez por eso hoy me he puesto a mirar la luz del membrillo hermoso y grande, cuajado de esperanza a dos pasos ya de que se estrene la primavera que se anuncia fría de entrada, ventosa y fría.

Estamos rodeados, L., pero el membrillo, generoso, pone su vocación de paz en el paisaje que habitamos.

Viernes, 19 de marzo de 2021

Ayer escribí algo sobre el futuro sin apenas darme cuenta; decía que para un adolescente, incluso para un niño, el futuro es, sobre todo, un camino abierto a la esperanza: «Cuando sea mayor…», «cuando seas mayor…». Y así va pasando el largo tiempo de espera hasta que un día eres mayor —y no tengo más remedio que volver a Gil de Biedma— y te das cuenta de que la vida va en serio.

Pero incluso entonces, cuando ya sabes que este es un oficio que admite pocas bromas, aún la esperanza es una constante necesaria en nuestras vidas: «Cuando crezcan los hijos…», «cuando todo esto haya pasado…» y «esto» pueden ser muchas cosas, tantas, demasiadas. Y uno sigue haciéndose mayor hasta que llega ese punto de inflexión que lo resume un personaje de *La gran belleza*, el poeta desfasado cuando pregunta desconsolado a una sociedad vacía: «¿Qué tenéis en contra de la nostalgia? Es la única distracción posible para quien no cree en el futuro».

Excesivo, cierto. Porque creer o no creer en el futuro no es una opción, sirve como frase para un guion y todos entendemos lo que se pretende decir. Pero es algo más sutil, al menos en mi caso. No es un problema de fe sino más bien de cansancio y, sobre todo, de certeza; esa certeza que de alguna forma puede provocar angustia por pura estadística. Seguramente es lo que señalaba ayer, el pequeño drama —inevitable y cierto— con el que hay que convivir a partir de un momento de la vida cuando el futuro, aquella esperanza permanente, se empieza a convertir en amenaza, en esa cuenta atrás de los que hemos agotado gran parte de nuestra vida y nos enfrentamos al final de la escapada.

Y hablo de amenaza de una forma impropia, cotidiana, porque las amenazas son tan sólo una posibilidad de que ocurra —o no— algo, lo que sea; pero ese punto final sólo es lo que es —como se definía Dios — sin ninguna posibilidad de que no ocurra. Lo que llamo amenaza, imagino, viene dada por la cercanía, por la incertidumbre del cuándo sabiendo que la carrera a ese momento es cada vez más veloz y menor la distancia.

¿Miedo? Supongo que sí. Nos gusta creer y decir que el miedo verdadero es a la decadencia absoluta, a la demencia, al olvido de quienes son los nuestros incluso de quienes somos nosotros mismo. Pero este es un discurso incompleto, ese es un miedo amenazante y añadido, un miedo incierto que tal vez nunca llegue y si llega —no lo sé— quizás sea lo único capaz de soslayar ese otro miedo intrínseco

que nos provoca la muerte. Dos malas salidas.

Tengo escrito que intento coquetear con la idea de la muerte, que tengo con ella una relación de amor/odio, de curiosidad casi morbosa y de terror que pretendo sea resignado, estoico, pacífico. Pero hasta ahí puedo llegar, hasta tratar de elaborarme una especie de educación serena para enfrentarme al final. Luego, cuando llegue, no seré más que un hombre al borde de cumplir su destino de siempre conocido e ignoro si toda esta educación servirá entonces para lo que hoy es sólo una intención, un deseo, una lección que no sé si llegaré a aprender de verdad alguna vez.

Recuerdo un tango, *Balada para mi muerte* de Astor Piazzolla y letra, creo, de Horacio Ferrer:

Moriré en Buenos Aires, será de madrugada
Guardaré mansamente las cosas de vivir…
Abrázame fuerte que por dentro
Me oigo muertes, viejas muertes
Agrediendo lo que amé
Alma mía, vamos yendo
Llega el día, no llorés…
Me pondré por los hombros de abrigo toda el alba
Mi penúltimo whisky quedará sin beber
Llegará tangamente mi muerte enamorada
Yo estaré muerto en punto, cuando sean las seis

Al fin y al cabo, sólo se trata de eso, de guardar mansamente las cosas de vivir y esperar a la muerte de madrugada «que es la hora en que mueren los que saben morir».

Lunes, 22 de marzo de 2021

El peral ha recogido toda la luz que ha perdido casi de golpe el membrillo. La vida continúa su ciclo sin descanso, ajena no sólo a las grandes tragedias, sino ignorando incluso las idas y venidas de las pequeñas cosas que rodean mi mundo y me dan sentido, «las cosas de vivir».

Hoy no estoy preparado para casi nada porque sobre el peral en flor, sobre mi entorno, vaya a donde vaya, escriba de lo que escriba, busque afanosamente la paz o la destrucción, flota la enorme nube negra del dolor y la impotencia ante el dolor de otros, de lágrimas ajenas y cercanas que yo no lloro pero que resbalan por mis mejillas como un niño desconsolado.

Hoy estoy como el membrillo que se ha vuelto oscuro y casi triste germinando sus frutos. Hoy estoy —qué le vamos a hacer, tengo razones— como se sintió en una tarde triste Miguel Hernández: «Umbrío por la pena, casi bruno».

Martes, 30 de marzo de 2021

Ya no sé si soy una excepción y la gente que me rodea, la gente en general, ve las cosas de otra forma. Incluso llego a preguntarme si es verdad que busco con una obsesión que sería casi morbosa el lado más oscuro, más injusto, más decepcionante del mundo y de la vida. Es algo que L. me repite con frecuencia. No lo sé, no sé si realmente soy así o es mi personaje, el hombre que se ha impuesto a todos los hombres que llevo dentro.

Viernes, 2 de abril de 2021

Y aquí estoy
deambulando por los entresijos de mi vida
en busca de un cierto consenso entre mis actos,
una razón que justifique a otra
hasta encadenar la unión de tantas piezas,
es decir: la armonía.
He intentado descifrar los inacabados jeroglíficos,
buscar las salidas más sencillas a los laberintos que me habitan,
ganar la paz.
La paz y la armonía como bienes supremos,
el sagrado equilibrio que encierra siempre el caos.
Y aquí estoy
recaminando los caminos ya gastados,
redoblando las esquinas de los viejos callejones,
encendiendo otra vez luces que se apagaron
por si en algún lugar
encuentro esa paz que tal vez nunca tuve,
la armonía que quizás tan sólo sea un imposible sueño.
Aquí estoy,
podéis verme deambular por los pasillos,
contemplar en silencio los paisajes
orando con humildad a un Dios que no conozco
y que es sólo abandono.
Al fin y al cabo la vida no es más que eso:
la atardecida larga de un domingo
dejándose caer sombríamente
chorreando por los visillos blancos de la casa.

Lunes, 5 de abril de 2021

Al final ha pasado.

Se ha muerto G. y me siento del todo incapaz de aceptar esa realidad; no puedo admitir racionalmente que el cáncer lo haya devorado de una forma tan cruel. G. caminaba su paisaje vital sencillo y bueno; transitaba su vida con calma, vivía la cotidianeidad haciendo frente a los vaivenes de los días sin gritarle al mundo lo injusto de tantas cosas, llevando su espina a cuestas casi en silencio. Y de pronto, esto. De pronto el camino se acaba abruptamente y al otro lado sólo el precipicio, el desmoronamiento que se va acelerando por segundos y al final la muerte.

No diré nada más de él. No puedo. Sólo quiero llorar serenamente junto a los suyos que son los míos. Sólo llorar hasta aceptar su muerte, hasta entender el mundo ya sin su presencia siempre generosa y sonriente.

No puede ser; sencillamente no puede ser.

Pero ha ocurrido.

Martes, 6 de abril de 2021

Este ejercicio de acostumbramiento a la muerte, lo que hemos dado en llamar «duelo», no es tanto —o no es sólo— el dolor por la pérdida sino también esa necesaria reflexión personal que me resulta esencial en este momento de mi vida.

Las certezas se van construyendo con los años lo mismo que con los años se va perdiendo la urgencia de los sueños. Y esto es así hasta que un día te das cuenta de que la estructura de ese pequeño edificio de verdades es dramáticamente frágil, que todas las experiencias buenas y malas sobre las que has ido cimentando ese mito que llamamos experiencia se desmoronan sin estrépito frente a la verdad del final. Sólo se trataba de aguantar, de resistir mirando hacia delante, de seguir en el camino.

Pero ya no. Es hora de preguntarse para qué ha servido tanta búsqueda, esta abundancia de palabras, los silencios, las liturgias, lo bueno y lo malo, la gloria y la miseria de una vida vivida sin demasiados aspavientos, con gestos que podían parecer poses y con poses que tratabas de hacer pasar como gestos.

Llegó la hora sólo de preguntárselo, no de buscar respuestas; ese tiempo ya pasó. Ahora sólo toca fragmentar los relatos, poner en los márgenes del pasado sepia e irrecuperable una interrogación, subrayar unas líneas, dejar notas a pie de página y no borrar nada, absolutamente nada, para llegar al final con una cierta dignidad.

Viernes, 23 de abril de 2021

Ayer pasé sin detenerme por las calles de mi niñez y hoy he amanecido, sonriente, junto a esos viejos paisajes que fueron durante años el decorado de mi vida ingenua.

Parafraseando a don Antonio Machado, mi infancia son recuerdos de tranvías y solares, de libertad confiada y cines de sesión continua, de un largo bulevar que desembocaba en el delta verde del Parque del Oeste, de la ventana del piso bajo que habitábamos en el que cuando las acacias —entonces había acacias en mi calle— explotaban en primavera, se ofrecían generosas al alcance de la mano y casi trataban de entrar para ser parte de nuestra pequeña intimad.

Pero recuerdo sobre todo los solares. De pronto entre dos casas había un solar desierto, salvaje, en ocasiones con pequeños restos de paredes aún en pie, con extraños huecos, con montículos y depresiones, con islitas verdes de alguna planta que intentaba sobrevivir al abandono.

Los solares eran nuestro territorio. Yo me sentía dueño de aquella nada rodeada de casas señoriales, me sentía el rey de aquel reino de ruinas y bendecía cada rincón del solar con un nombre y un destino.

Los huecos, que ni llegaban a ser cuevas, eran la intimidad más absoluta y misteriosa, el reducto secreto de aquella desnudez que emergía sin sentido en medio de la gran ciudad.

Cuento todo esto porque ahora, si me pongo en plan lírico-analista, podría hacer hermosos paralelismos con los muchos solares que he tenido que caminar a lo largo de la vida. La cosa no llega a la categoría de atravesar desiertos; lo nuestro no es tan épico, sólo eran solares urbanos, pero ya digo que no es tiempo de metáforas.

Enseguida se fueron tapiando aquellos reinos y al mismo ritmo que se desbarataba la niñez, crecían los andamios y nuevas construcciones sellaban y enterraban para siempre aquellas maravillosas desnudeces que se ofrecían libres e inmensas a nuestra pequeña libertad.

Crecía la ciudad con prisa, con la misma prisa que nosotros íbamos perdiendo la inocencia.

Martes, 27 de abril de 2021

Intento pasar de puntillas por la ausencia de G. pero no resulta fácil, es imposible. Saber que ya no está, que ya nunca va a estar, me produce una desazón llena de tristeza. Y pienso, inevitablemente, en el dolor físico que soportó en su breve larguísimo final.

Nunca entenderé el sufrimiento ni como hecho sobrevenido y hasta cierto punto inevitable y muchísimo menos como una «prueba» a superar. El afán del cristianismo por exaltar, por sublimar el dolor físico, que llegó al colmo de la obscenidad con los llamados «cilicios», una práctica aberrante que, por cierto, el Opus Dei recomienda aún a sus numerarios: dos horas diariamente aunque, eso sí, con excepción de domingos y festivos. Pero quizás el absurdo total nos llega de antiguo cuando San Jerónimo mencionaba el uso del cilicio entre los santos de los primeros siglos. Más tarde, San Casiano de Imola parecía que iba a poner un punto de sensatez desaconsejando este tipo de cosas por absurdas, pero resulta que la razón que dio para oponerse es que eso de sufrir por sufrir «satisfacía a la vanidad de quienes se mortificaban, y estorbaba la aplicación al trabajo manual». Un horror, casi mejor que San Casiano no hubiera metido baza.

Anécdotas aparte, no es fácil explicar, y mucho menos aceptar, el dolor físico, un sinsentido que sólo se puede entender causalmente desde la química, desde la medicina. El dolor físico es fundamentalmente egoísta, sólo embrutece sin aportar nada, pero ahí está, tan siempre presente como inútil, como una venganza de quién sabe quién, como un recordatorio innecesario y cruel de nuestra propia condición tan frágil.

Martes, 11 de mayo de 2021

Se descuelga la vejez por los tejados

como una mañana triste de domingo

y en los muros de la casa

aparecen, casi imperceptibles,

las grietas oscuras de las horas.

Escribía Pepe Caballero Bonald, tan recién muerto: «Somos el tiempo que nos queda» y contemplo los muros de la casa que se abren en cicatrices verticales; contemplo cómo las últimas hojas del otoño vuelan bajito sobre el jardín y los chopos llenan de espumas blancas y pegajosas los últimos rincones.

Cierto, somos el tiempo que nos queda, fuimos el tiempo que pasó y aún está el futuro —¿por qué no? tan esperanzador pese a todo como moderadamente incierto, aunque sin excesiva desmesura. La casa, al fin y al cabo, sigue en pie y yo aún soy la vida.

Jueves, 13 de mayo de 2021

La foto —naturalmente en blanco y negro— tiene los cantos ondulados y allí estoy yo, vestido de primera comunión —marinerito de Alberti— con un pequeño libro de oraciones nacarado en la mano. Me rodean, dulces y mínimas, mis tres tías, las tres hermanas de mi madre toda la vida con nosotros. Solteritas las tres como personajes de un Lorca sin desgarros, beatonas, secundarias indispensables, protectoras de nuestra niñez, refugio seguro siempre y cómplices respetuosas.

He hablado de ellas en charlas que se me iban de las manos pero nunca he escrito sobre su papel fundamental en nuestras vidas, en mi vida. Se lo debo y me pongo a ello hoy después de contemplar la vieja fotografía en blanco y negro de bordes ondulados. Es una deuda que nunca he satisfecho y esta es la hora de hacer justicia.

Mis tres tías solteras y nosotros, mis tres tías solteras y yo. Mis tres tías que convivieron su vida con mis padres, con nosotros, herederos todos de una guerra que unió nuestros destinos desde siempre y para siempre. Tías, titas… me gusta el nombre en catalán *tietas*. Las tres como sacadas de una novela de Isabel Allende, realismo mágico en estado puro.

Se nos fueron muriendo poco a poco con la misma serenidad con que vivieron, tan distintas las tres, tan iguales. Se nos murieron sin hacer ningún ruido, hasta en eso su discreción fue ejemplar. El vacío que dejaron nunca se llenó del todo y aún sigo poniendo como ejemplo lo que una de ellas decía sonriente en sus últimos tiempos cuando la senilidad había desbaratado su memoria, pero nunca su bondad: «No sé quién eres, pero sé que eres de los míos».

Martes, 18 de mayo de 2021

En su afán de llenar espacios, L. ha plantado una metáfora en un rincón perdido del jardín. Fue hace tiempo, pero hoy he descubierto la genialidad de su creación, una genialidad de la que seguramente ella no es consciente —o sí— y que no sé si me negaría si se la explicase.

En medio del jardín, entre dos avellanos verdísimos, en una zona al margen de los caminos cotidianos, casi a escondidas, puso un farol pequeño con tres luces escasas, una mesita de cristal y un banco de hierro. Nadie nunca, hasta ahora, se ha sentado allí y posiblemente nunca nadie se sentará. Es un rincón tan hermoso y escondido como inútil en el sentido estricto; pero es precisamente esa inutilidad lo que para mí eleva a una categoría superior el rincón de L.. Es esa conjunción de lo innecesario y lo bello lo que le da a ese espacio la consideración de «idea» más que otra cosa. L. colocó el farol, la mesita y el banco para absolutamente nada, ni tan siquiera se puede contemplar como parte del paisaje porque el rincón, como he dicho, está escondido entre cortezas y rodeado de arboleda. Lo que ha hecho L. allí es plantar una metáfora, colocar una idea que cobra todo su sentido precisamente porque resulta completamente inútil. L. ha convertido ese metro y medio de jardín en un bolero presunto, en un cuento que nadie va a escribir, en un fantástico escenario para una historia que nunca existirá.

Viernes, 21 de mayo de 2021

Como escribía Francisco Brines, «es la hora del regreso de las cosas».

¡Os echo tanto de menos!

Venid, acercaos todos los que dejasteis en mi vida una pizca de algo.

Debo daros las gracias uno a uno.

Quiero —necesito— abrazaros a todos, bendeciros y llorar con vosotros la emoción, no la tristeza, retenida tantos años.

Venid todos, los leales y los traidores, los buenos y los malos.

Sentaos a mi lado y regresemos de las cosas ahora que estamos ya en el tiempo del perdón y del olvido.

Os necesito tanto…

Si algunos no queréis hablarme, lo entenderé, y también sobre vosotros pondré mis manos viejas ya y, sin rencor alguno, pediré para vosotros la paz de cada día.

Buscad un sitio y sentaos a mi lado o dejadme que sea yo quien se acomode junto a vosotros.

Venid todos.

Hubiera seguido, pero lo dejo aquí: suena tanto a Walt Whitman lo que escribía, que me avergüenza. Pero es lo que siento, es que necesito decir algo a cada uno de los seres humanos que me han conformado, agradecer a todos su paso por mi vida. Necesito hablar de cada paisaje que decoró mi historia, reconocer los parques de la infancia, las calles que quemé en la juventud, las tendidas madrugadas en las que ejercí mi oficio, los pasillos de las mil casas que habité.

Necesito hoy, no sé por qué, reencontrarme con todos y con todo para decir sencillamente «gracias» y que los dioses os bendigan. Pero el viejo Whitman me posee y me cambia mis palabras por las suyas.

Vuelvo a Brines: «El mundo pudo ser una bella verdad». Y yo me permito añadir hoy, aquí, ahora: que tal vez lo haya sido, que tal vez algún día lo sea.

Jueves, 27 de mayo de 2021

Es rara la memoria o los recuerdos, no sé. Ayer, con toda la paz del mundo, intenté regresar imágenes de mi gente. Y es fácil, con sólo el pensamiento, «ver» en alguna dimensión que desconozco cualquier objeto: una silla, una casa, un árbol, una persona. El problema es traer la imagen nítida de mi madre, de G., de una novia adolescente, de un amigo que está lejos. Creo que se recuerdan las fotografías, pero no la realidad.

Veo sus cuerpos, cómo van vestidos, la postura en que les pongo en mi imaginación, incluso lo que les rodea, pero cuando intento fijarme en sus rostros, mirar sus ojos, su sonrisa, el gesto de su boca, todo se difumina, se desdibuja, flota y soy incapaz de aprehenderlo, de retener nítidamente esa intimidad que busco.

Desde hace mucho me ha inquietado en qué espacios o en qué dimensiones recordamos, qué lógica caótica gobierna los sueños y los recuerdos. Hay veces que uno sueña con una persona y «sabe» que su madre, por ejemplo, está encarnada en otro cuerpo, conocido o no; es alguien distinto que no se parece en nada a tu madre y sin embargo tú sabes que es ella.

Me pregunto si todo esto no tendrá una explicación futura porque tal vez la consciencia se inventa el mundo en el que vivimos y cada consciencia es única y por tanto la propia realidad en la que estamos ahora mismo viviendo puede que nada tenga que ver con la realidad que nosotros vemos. Los cuánticos están en el camino y quién sabe si lo que sigue siendo un misterio, el más allá después de la muerte, sea precisamente eso que algunos llaman ya la «inmortalidad cuántica», esa consciencia que permanece de alguna forma en alguna dimensión.

No sé cómo he llegado a este barullo, pero me parece un tema apasionante. En realidad, sólo trataba de recordar inútilmente el rostro siempre sonriente de G., la mirada llena de serenidad y paz de mi madre, aquel puerto al que tantas veces arribé en busca de seguridad y de consuelo.

Domingo, 13 de junio de 2021

Esta historia, la vida de esta especie de diario, como casi todo, tiene fecha de caducidad; en este caso será el 28 de julio de 2021. Ese día, si no se me ocurre nada, escribiré sencillamente la palabra FIN y creo que conseguiré dominar y desterrar la pulsión por la escritura, esa estúpida necesidad —en mi caso— de dejar por escrito mis intrascendentes, por demasiado personales, pensamientos, mis pocas certezas y mis muchas dudas, la revisión crítica y desde luego incompleta que intento hacer de mi vida, de la vida. Y ahí está la gran confusión, el gran error: mi vida no es la vida.

Mi forma de entender el mundo —o de todo lo contrario, la confusión que me produce— nada tiene que ver ni tan siquiera con los más cercanos. Entonces, ¿para qué sirven realmente tantas palabras?

No creo que la literatura —o lo que sea esto— deba encerrar o contener casi por obligación nada que tenga que ver con una actitud moral. Abomino los tópicos que hablan de «espejos» en las creaciones literarias; puedo respetar esa idea pero, una vez más, no la comparto en absoluto.

De la misma forma que creo que el agnosticismo sincero y no militante está a un paso de la mística, entiendo que la a-moralidad resulta imprescindible y justa y necesaria para que todos podamos respetarnos. Pero el dilema es si esta afirmación que acabo de hacer no es ya una afirmación moral.

Cada vez tengo menos fuerzas y, lo que es peor, menos interés en llegar a alguna verdad por pequeña sea.

El 28 de julio de 2021 pondré fin a esta sinrazón. Ya queda menos.

Domingo, 20 de junio de 2021

Jugando con mi nieto pequeño cuando tenía creo que seis años, habíamos puesto por la mañana su nombre en la nevera con letras imantadas. Por la tarde, una de esas cinco letras se había desprendido y yacía tranquilamente sobre el suelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté poniendo cara de sorpresa.

—Nada, abuelo, es que las letras a veces se cansan de estar en las palabras.

Después de dos años sigo dándole vueltas a esta idea que me parece un hallazgo genial, una explicación absolutamente lírica y de alguna forma cierta.

Tengo escrito que me fascina la idea de lo efímero. Cuando me dio por la pintura, hice unos cuantos cuadros con fecha de caducidad utilizando pequeñas telas de yeso de las bandas que se usan en traumatología para escayolar. Según pasaban los días, las semanas, el yeso que se había impregnado se iba perdiendo poco a poco, se desprendía del lienzo y el cuadro empezaba como a vaciarse.

Quién sabe si de alguna forma misteriosa eso pasa también con el lenguaje. Quién sabe si, como dijo mi nieto, las letras se cansan de estar en las palabras y sólo permanecen allí por pura inercia, pero en realidad están secas, podridas, muertas de hastío.

Y quién sabe si eso pasa también con las palabras, que se cansan de estar sujetas a las frases, prisioneras en los libros. Pienso en la imposible posibilidad de abrir un libro cualquiera y que al hacerlo empiecen a caerse poquito a poco las palabras, que reboten en el suelo suavemente y se rompan sin estrépito, como a cámara lenta, y sólo quede sobre la alfombra un puñado de letras, adjetivos partidos por la mitad, algunas preposiciones aún útiles porque son pequeñitas, verbos incompletos y todo así; cada página del libro se iría quedando en blanco y su historia sólo permanecería en el recuerdo de sus lectores hasta que alguien lo volviera a llenar con otras palabras.

Martes, 22 de junio de 2021

Las palabras. Me obsesionan las palabras porque seguramente el lenguaje debe ser el mayor hallazgo de la condición humana. El gran Ludwig Wittgenstein dedicó sus dos vidas a filosofar sobre el lenguaje, a desentrañar ese milagro que debe ser la base imprescindible de nuestro ser y nuestro estar individual y social. Pero ese tema me supera.

Yo me refiero a la seducción, a la sensualidad, incluso a la textura, al misterio de la palabra. Una vez me dijo Pepe Hierro, al que tanto quise, que en poesía no había sinónimos. Y esa afirmación rotunda y sabia es dolorosamente cierta.

Lo he dejado escrito en este mismo cuaderno: sigo buscando la palabra, la palabra exacta que desentrañe todo el misterio de lo escrito, que culmine y resuelva y explique todo un relato, incluso el relato de toda una vida.

La palabra, la palabra escondida que debe existir pero que nunca aparece y con la que podría descansar al fin, alcanzar la paz y el equilibrio, la divina armonía.

Muy de vez en cuando releo estos hilvanes y no hay un sólo texto en el que no cambiaría —y cambio— algo: un adjetivo que no es exactamente el que debería, una coma que sobra, los desconcertantes puntos suspensivos. No sé. Para mí escribir es un doloroso placer, una lucha tierna entre lo que me surge de algún sitio y que tengo que plasmar en palabras, nada más y nada menos. A veces tengo la sensación de que necesitaría algo nuevo, que debería articular sonidos que aún no existen para expresar esas ideas, esos sentimientos. Es un disparate.

(Sonrío ahora recordando al personaje de Cela en *La colmena* cuyo oficia era «inventor de palabras»).

Viernes, 25 de junio de 2021

Cayeron las razones sin estrépito.

Cayeron casi todas las respuestas.

Las palabras cayeron

y hasta el azul del océano en los mapas

que cantara Salinas

tan sólo fue un charquito gris en la tarima del encerado.

Todo se fue cayendo poco a poco:

los silencios solemnes y los otros,

las rancias liturgias,

las certezas.

Cayeron los decorados

y los focos cayeron.

Nada sobre el gran escenario quedó en pie.

Se fue cayendo todo sin estrépito,

como a cámara lenta,

ya todo sin prisa

mientras la ronca voz de Cohen

se elevaba en un desencantado susurro:

«*I'm ready, my Lord*».

Sábado, 26 de junio de 2021

El gran teatro del mundo, la manida imagen del escenario sobre el que nos tranquiliza pensar que tan sólo estamos representando esta tragicomedia que es la vida, la farsa con la que tratamos quizás de convertir en algo más o menos intrascendente nuestro paso por el mundo. Es necesario y hasta terapéutico desdibujar de alguna forma la desnuda y objetiva realidad que es la vida.

Hay muchas imágenes que atrapan la desolación: esas calles vacías durante la pandemia, alguien que camina de espaldas por una carretera solitaria, una pequeña estación de tren abandonada y, claro, las imágenes repetidas mil veces de los paisajes rotos de las ciudades humeantes después de un bombardeo. Los niños muertos.

Pero nunca he logrado encontrar la que debería ser la obra total, la creación de la creación donde todas las artes se dieran cita en una improvisada y gigantesca representación del mundo. Ese gran escenario con músicas nuevas, actores, decorados pintados por artistas sobre la marcha, derviches girando en un viaje místico a través de la mente y el amor hacia la perfección, monjes budistas tocando las ciento ocho campanadas de las pasiones terrenales, labradores con las manos de tierra, alfareros trabajando el barro, Antígona dialogando con Marx, el mercader de Venecia presidiendo el Banco Mundial, saltimbanquis, payasos, figurantes sin frase, héroes con las medallas podridas, hombres-estatua, todos estos y más, mucho más, todos improvisando sobre el gran escenario bajo enormes reflectores que iluminaran el alma de cada de uno hasta el gran final, hasta el derrumbamiento total de ese caos cuando sonaran las trompetas y cayera el silencio sobre todo y sobre todos y se hiciera la oscuridad.

Entonces sólo la ronca voz de Cohen se elevaría en un desencantado susurro:

> *I'm ready, my Lord,*
> *I'm ready, my Lord.*

Miércoles, 30 de junio de 2021

Estoy sentado frente a un mar que me viene grande, demasiado poderoso quizás. Con el mar me pasa un poco como con el firmamento. Persiguiendo perseidas, alguna noche he terminado con un sentimiento absurdo por contradictorio: frente a esa inmensidad de un cielo nocturnal se iba apoderando de mí algo parecido a la claustrofobia, una extraña sensación de estar encerrado bajo una bóveda grandiosa pero que se me escapa y a la vez me oprime, que no soy capaz de comprender y que de alguna forma me amenaza y me contiene. Con el mar es algo parecido, pero no me resulta claustrofóbico sino demasiado grande para alguien tan frágil como yo que lo contemplo abrumado por su belleza, por su derroche de azules, por ese ir y venir sin tregua agotador. El agua del mar lleva dentro la maldición de Sísifo: desde el principio de los tiempos sus olas intentan una y otra vez poseer la tierra que no cubren y llegan mansamente o con estrépito hasta acantilados y playas, pero allí se desvanece, se estrellan entre espumas incapaces de continuar con ese empeño absurdo, se rompen contra las rocas o agonizan de puro cansancio en las orillas de las playas y retroceden derrotadas. Las olas no mueren en las playas; las olas regresan a quién sabe dónde para emprender otra vez su viaje interminable.

En el fondo, el universo, los universos y cuanto contienen son un continuo ejemplo de soberbia, un inútil afán de poder, la fracasada y a la vez gloriosa historia de la que los humanos formamos también un pequeñísimo ejemplo porque estamos fatalmente inmersos en ese ordenado caos que todo lo controla con una fuerza y una rigidez fría, lejana, indiferente.

Jueves, 8 de julio de 2021

Es más de media noche y acaba de pasar lejano e incógnito un tren por el pueblo en el que ahora vivo. No hace sonar su pitido porque la estación es casi una reliquia desencuadernada de la vieja estación de mi niñez. Del tren que acaba de pasar, sólo se oye el murmullo que llega de la otra parte del río.

Siempre el mundo de los trenes me ha producido una cierta inquietud. De niño en Madrid, en una casa abarrotada de familia y afluentes, a mí me tocó dormir en una cama turca disimulada en la sala, aquella sala con dos ventanas por las que querían invadirnos las acacias de la calle en primavera. Hasta mi mutante cama turca (cama de noche, mueble de día) llegaban los pitidos de los trenes de la estación del Norte y muy especialmente el del tren más moderno de la época, el Talgo, que para diferenciarse de los demás —digo yo— en lugar de los agudos silbatos del resto de los trenes, emitía un sonido oscuro y nostálgico parecido a la sirena de un barco, el barco que mil años después Sabina hacía naufragar en Madrid.

Aquel sonido nocturnal en un tiempo que para entrar en el andén tenías que pagar unos céntimos, siempre me ha acompañado y ha convertido las estaciones, las viejas estaciones, en un lugar extraño para mí, contradictorio, en un ir y venir de adioses y de besos, de abrazos y de lágrimas pero, sobre todo, de gentes solitarias y misteriosas con maletas de cartón iniciando o regresando, vencidas, de ese mítico viaje a ninguna parte. No soy original, lo dejo: la literatura, el cine, la pintura y hasta la música han visto en el mundo fugaz de los trenes modelos de creación.

Martes, 13 de julio de 2021

Cuando estoy a punto de cerrar este «lo que sea» por imperativo propio, un amigo me manda el comentario que un cliente de Amazon escribió sobre mi libro *Cómo explicarte el mundo, Cris*.

El cliente de Amazon es sincero, escueto y directo; titula su breve comentario como NEFASTO y añade después: «Aburrido, pesado, inconexo… Una sucesión de divagaciones que no llevan a ningún fin. De lo peor que he tenido últimamente en las manos. No recomendable».

Y lo malo —o lo bueno, que nunca se sabe— es que, posiblemente, tenga razón. Y no digo esto de forma falsamente humilde, no. Es que realmente creo que la mayoría de las cosas que he escrito —y no digamos ya estos folios— son realmente «una sucesión de divagaciones que no llevan a ningún fin» (hombre, no tires estas piedras contra el nuevo libro, pobre: déjame lapidarme). No entro en lo de aburrido y pesado, que cada cual es muy libre, pero sí en lo de inconexo y el resto.

Escribo así porque pienso así y si escribiera de otra manera estaría impostando o intentando llegar a algo que soy del todo incapaz y muy a mi pesar: un buen narrador de historias, un novelista, un ensayista académico y trataría —inútilmente— de establecer una estructura argumental con introducción, nudo y desenlace, como está mandado. Pero no sirvo para eso. Pienso inconexo, vivo inconexo, escribo a bocanadas y siempre me he negado a que alguien hable de «mi obra» como ya tengo dicho en estos mismos textos, los más inconexos, por cierto, que he escrito nunca.

Lo que me resulta extraño es la necesidad de que las divagaciones tengan que llegar a un fin. ¿Por qué? Yo escribo lo que pienso, insisto, y si alguien quiere pensar en lo que pienso para negarlo, matizarlo o con-vivirlo, ahí está el argumento de la obra. Pero yo no escribo con un fin y mucho menos con un fin moralizante o desmitificador o provocativo. Yo sólo escribo sobre mí, sobre mis propias contradicciones, y no pretendo llegar más allá.

Yo no escribo para llegar a ningún fin que no sea el drenaje de mi propio corazón, la descripción de mis vivencias y reflexiones y sí, es verdad, que la mayoría de mis textos están escritos «sin concierto ni propósito fijo y determinado» (definición de la RAE del verbo «divagar»). La pregunta sería: ¿y qué pasa? ¿Es eso malo? ¿Para cuándo un elogio a lo que no es esencialmente útil, a lo que se hace

sin ningún fin? ¿Es que preguntarse, dudar, buscar respuestas sobre la vida no es suficiente? ¿Trasladar en el mejor de los casos esas mismas preguntas a otras gentes para que cada uno encuentre —o no— sus respuestas es una tarea inútil?

Naturalmente todo esto que he escrito no pretende ser una crítica al lector de Amazon, libre de juzgarme, sino, muy al contrario, otra divagación más sobre la utilidad o no de las cosas en un mundo en el que cada vez más exigimos resultados inmediatos, tangibles, medibles, evaluables a cualquier actividad. Las librerías se atiborran de libros de autoayuda que triunfan en ventas porque lo primero que hacen es proponerte un fin, prometerte el éxito, la felicidad, el triunfo. Bien; yo sólo quiero pensar en voz alta y no engañar a nadie, ni siquiera al más crédulo, al que mejor me aceptaría: a mí mismo.

No trato de justificarme, sólo explico humildemente lo que escribo y por qué lo escribo, divagando, con la mayor honradez posible.

A estas alturas uno ya da por sabido lo que Díaz Yanes afirmaba en el título de su película: *Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto*. Ni de nosotras ni de nosotros; no al menos de mí; habrá unos pocos elegidos que pasen a una posteridad no demasiado larga y muy pocos los que permanezcan en el tiempo. La mayoría de lo que se escribe es un consumible de usar y tirar, un chispazo de éxito —y no siempre— que se apaga casi de inmediato y no queda nada. Los libros sobrantes de las editoriales se destruyen pasado un tiempo prudencial y se convierten otra vez en papel para que un nuevo autor vea publicada su creación y estoy seguro de que eso ya es importante siempre que tengas claro que «nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto».

Miércoles, 28 de julio de 2021

Como me prometí, hoy pongo el punto final a estas reflexiones. Cumplo setenta y tres años y me parece una edad propicia para dar por dominadas algunas pasiones, algunas pulsiones, y entre ellas la de escribir. Llego al final sin haber encontrado la palabra que vengo persiguiendo desde hace años, esa palabra que lo explique todo y todo lo resuma. Tal vez no existe y ese sea el secreto. Ya da igual. Al fin y al cabo la vida no es más que un estrecho sendero entre la esperanza y el recuerdo, un instante que pasa entre la salvaje belleza del nacimiento y el absurdo final de la muerte. Eso es todo. Y en ese pequeño camino uno busca la palabra, la palabra siempre, esa palabra que encierra en sí toda la mística, la armonía, la paz y el equilibrio, la gran respuesta.

La he perseguido demasiado tiempo y en demasiados sitios, la he buscado en la filosofía, en las religiones, he intentado indagar en el lenguaje y he visitado cuevas y academias buscando esa palabra, la Palabra, en la vida de los demás, en mi interior, en el sonido de las lluvias y de los vientos, bajo tormentas, entre los gritos de las guerras y en las meditaciones de los santos. Creo que ya no queda un rincón en esta tierra en el que no haya dejado señales, muchas veces dolorosas, de esta búsqueda.

Ya no. La historia ha terminado y da igual llegar hasta aquí sin haber encontrado la Palabra. Han pasado tantas cosas por el camino que ha merecido la pena la aventura y ganarme el derecho al descanso a la sombra de los míos.

Carlos Aymí, joven escritor de esta Guadalajara que me acoge y al que no conozco, clavó en Twitter esta reflexión:

> «Todos vamos sobrados de huesos rotos, de decepciones, de fracasos, de grietas, de noes como puñales, de ilusiones marchitas, de esperanzas que reventaron y de sueños sin cuajar, pero aquí seguimos. Algo tenemos de inquebrantables».

Cierto, algo debe haber dentro de mí que, pese a todo, impide que me quiebre. No sé lo que es, pero ahí está salvándome siempre cuando se levantan las arboladas desde lo más profundo: el amor de los míos, los ojos de Cris, el futuro por cambiar tantas cosas en este mundo tan injusto, mi propio dolor que tal vez me redime al contemplar y ser consciente de tanta miseria. No lo sé, ya digo, pero algo hay que aún a estas alturas me sigue haciendo creer —no sé si por un atávico afán de supervivencia— que tal vez siga siendo inquebrantable pese al anunciado final que se acerca con pies ligeros. Y en todo caso, lo sea o

no, conviene conservar la dignidad de la decadencia.

Este último día debería escribir con más solemnidad y más trascendencia, algo que quedara en el pensamiento, que cerrara con un sello de lacre brillante toda una vida. Pero no queda nada por decir y sí lo más terrible por hacer: releer todo lo escrito y aborrecerlo, amarlo, cambiar el orden de los adjetivos, cortar la mitad, añadir páginas, preguntarme el porqué de todo esto, arrepentirme, dejarme llevar por la vanidad y reprimir ese deseo íntimo y furioso de borrarlo todo por inútil, porque no es ni de lejos lo que quería, porque es un fracaso, porque no sirve para nada ni para nadie. No lo voy a hacer; seguramente terminaré discutiendo con la editora la portada o el título. Entonces, en ese momento, toda esta colección de palabras se habrá convertido en un objeto más cuya venta, con un poco de suerte, cubrirá los gastos de la edición.

Escribir —lo que yo escribo— sigue siendo una pulsión —ni siquiera creo que sea ya una pasión— completamente inútil que caducará en un puñado de días.

Hasta aquí he llegado, pero no voy a poner la palabra FIN porque la fiesta continúa. Sólo añadiré, para cerrar, el abandono de la casa.

Era yo quien habitaba la casa que surgió en medio del paisaje, era yo y millones de gentes como yo.

Cuando empezó a amanecer comprendí algunas cosas.

La vida seguía sin ser del todo liviana pero ya había dejado parte de la carga en las estancias.

Cuando llegué, sólo pretendía descansar, tan sólo eso; pero no hay descanso para un hombre que intenta ser aún inquebrantable, aunque ya haya caducado el tiempo de la impunidad del que se sabe o se cree abandonado por él mismo.

Lo soy —debo de serlo— pese a las cicatrices y a las derrotas.

Lo soy pese a habitar en un mundo cubierto por una desmesurada capa de dolor e injusticia.

Lo soy porque aún me quedan dudas y preguntas.

Lo soy porque aún espero el milagro.

Lo soy por la gente que amo y que me ama.

Aún puede que sea o me crea un hombre inquebrantable pese a mi fragilidad y mis contradicciones, pese a mis pocas certidumbres, mis dudas, mis miedos.

Por eso abandoné la casa y caminé otra vez, lentamente, hacia el futuro incierto del amanecer.

Era la hora de partir.

Apagué la luz... y me fui.

EPÍLOGO

Andrés llama a estas páginas que acabas de leer «reflexiones inconexas e inútiles». Pero sabe que está poniendo voz a esas cosas que muchos pensamos y no sabemos decir. Quizás tampoco, pensar. No son estas las memorias de un confinamiento. Son retazos de lucidez entreverados con pozos de inseguridad. Comienza esta especie de diario unos meses antes del confinamiento y ya entonces A. nos contaba que había en la casa un viento en los rincones y una gata ocupa que ignoraba que no sabe maullar. Y por la cabeza de A. vuelan ideas que no consigue poner en un folio en blanco.

La soledad repta en las alfombras y así descubre que esa soledad tan querida no lo es tanto cuando es forzada, obligatoria. Si has leído estas reflexiones con atención, te das cuenta de que en el fondo es la vida corriente narrada desde ese observatorio que todos llevamos dentro y no sabemos interpretar. A. se convierte en la voz de todos nosotros. De su familia, de sus amigos, de esos millones de españoles que veían pasar, perplejos a la vez que preocupados, esa sucesión de datos, restricciones, augurios de comités, de aplausos en los balcones, de *resistirés* en los altavoces…

No son muchas páginas pero rebosan de ideas, de reflexiones, de inseguridades y de más preguntas que respuestas. Es A. al ciento por ciento. Ya nos dice que podemos imaginarlo como un hombre triste, incluso atormentado. Pero no así, «sólo soy un tipo vulgar» que ingería cinco pastillas al día cuando empezó este memorial de soledades y llegó a la sexta antes de completar el confinamiento. En este breve dietario de campaña hay de todo: poesía, amor, pocas certezas. Y hasta un tango de Julio Sosa, porque el tango y L. C. son sus referentes musicales.

Se ve a sí mismo como a Simeón, el Estilita, aunque escriba sentado antes el ordenador y no plantado en lo alto de una columna y en medio de un desierto. A. vive en un laberinto, no porque unas paredes le hayan rodeado de improviso, sino porque se ha metido en él consciente y atrevido. Y renuncia a la salida, aunque no a buscarla. Imaginó en esos días su pasado como un solar inmenso, indiferente aunque para muchos ese solar esté lleno de fauna y flora, de vegetación quizás no lujuriosa, pero suficiente e incluso contundente para hacer del solar un jardín. Muchos lo hemos disfrutado en sus programas de radio, en sus años de televisión, en sus poemas y en sus libros. Enhorabuena por haber compartido con A. y con todos los que le seguimos esta nueva aventura literaria.

JOSÉ RAMÓN PARDO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Andrés Aberasturi Ferrer, 2022
© Del prólogo: José Luis Garci, 2022
© Del epílogo: José Ramón Pardo, 2022
© La Esfera de los Libros, S. L., 2022
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2022
ISBN: 978-84-1384-279-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.